

Nuestra Natacha

De: Alejandro Casona

Personajes:

*Somolinos
Flora
Aguilar
Rivera
Lalo
Mario
Natacha
D. Santiago
Presidenta
Srta. Crespo
Encarna
Fina
María
Conserje
Marga
Juan*

Acto Primero

En una Residencia de estudiantes. Salita de tertulia. Sobria decoración, de líneas rectas. Un retrato de Cajal; algún mapa antiguo, fotografías de arte. En grato desorden, alternando con los libros, raquetas de tenis y copas deportivas. Al fondo, puerta sobre el jardín y ventanas horizontales, bajas, veladas con cortinas blancas.

ESCENA I

EN ESCENA, AGUILAR Y SOMOLINOS. LUEGO FLORA

Somolinos- *(Dictando. Aguilar copia en maquinilla).* «Por ello, esta Federación de Estudiantes, exclusivamente profesional, declara ser en todo ajena a los sucesos desarrollados ayer en San Carlos y Ciudad Universitaria...»

Flora- *(Entrando)* Perdón; un momento. ¿Sabéis si ha vuelto Mario?

- Aguilar- Todavía no. Estará, como siempre, a la caza de insectos.
- Flora- ¿Me haréis el favor de darle esto de mi parte cuando llegue?
- Aguilar- ¿Insectos también?
- Flora- Un buen ejemplar para su colección. (*Le entrega una cajita*).
- Aguilar- Se le dará.
- Flora- Gracias. (*Sale*)
- Somolinos- ¿Dónde íbamos?
- Aguilar- «...Sucesos desarrollados ayer en San Carlos y Ciudad Universitaria...»
- Somolinos- «Y eleva a ese rectorado su respetuosa y energética protesta por las sanciones gubernativas que se anuncian con este motivo en contra de nuestras organizaciones, del fuero universitario y de nuestras clases de cultura popular: Madrid, etc., etc.»
- Aguilar- Hecho. (*Termina la carta*)
- Somolinos- Yo mismo lo llevaré al señor Rector. Y si el rectorado no nos escucha, a la Prensa. (*Firma la carta*)

ESCENA II

DICHOS Y RIVERA

- Rivera- (*Entrando*) ¿Qué, habéis terminado ya?
- Aguilar- Ya.
- Rivera- Protesta respetuosa y enérgica, ¿verdad? Como siempre.

- Aguilar- ¿Qué vamos a hacer? Nosotros no podemos cargar con más responsabilidades que las nuestras.
- Somolinos- Lo que debierais hacer todos es ser menos incautos. Os estáis dejando arrastrar a una guerra civil estúpida y estéril. Los únicos que salen ganando con todo esto son los enemigos de la universidad
- Rivera- No lo dirás por mí.
- Somolinos- Por muchos de los nuestros. Lalo estaba ayer e la vuelta de San Carlos. Han dado su nombre en la Dirección de Seguridad.
- Aguilar- Cómo iba a faltar ése.
- Rivera- Me han dicho que le han abierto la cabeza con una porra.
- Somolinos- No será tanto. Lalo tiene una sangre demasiado escandalosa. Yo sentiré que la cosa sea grave, pero no le está mal. Cuando aspiramos a que nuestra voz se escuche en la reforma universitaria, cuando acabamos de poner en marcha una Federación seriamente preocupada por los problemas escolares y estamos organizando nuestras clases para obreros, no se puede comprometer todo eso con algaradas estúpidas. Lo de ayer no tenía pies ni cabeza.
- Aguilar- Atención: aquí llega nuestro herido.

ESCENA III

LOS MISMOS Y LALO

(Lalo trae una larga venda arrollada a al frente)

- Rivera- Querido Lalo...
- Aguilar- Pero, ¿qué ha sido eso, hombre de Dios?
- Lalo- Reincidencia. Es la tercera vez que me abren la cabeza en San Carlos. No sé qué empeño tienen esos bárbaros en averiguar lo que llevo dentro. ¿No tenéis por aquí un botiquín?

Rivera- En seguida.

Lalo- ¿Gasa...? ¿Yodo...?

Rivera- También.

Lalo- ¿Tijeras...? ¿Pinzas...?

Rivera- De todo; estate tranquilo.

Lalo- Con cuidado, eh.

Rivera- Tú siéntate y calla. (*Prepara sobre una mesa sus cosas para hacer una cura.*)

Somolinos- Pero ¿quieres decirme qué diablos ibas tú a buscar allá?

Lalo- Psé, afición. Llamaron a la Residencia por teléfono: avisen a Lalo que hay ensalada en la Facultad. Me imaginé la escena: hurras, desbandadas, los tranvías de Atocha volcados, los guardias... ¿Qué iba yo a hacer? Era una tentación.

Aguilar- ¿Pero sabías de qué se trataba?

Lalo- No hacía falta. Yo acudo siempre a estas cosas desinteresadamente.

Somolinos- ¿Pensaste siquiera de parte de quién ibas a ponerte?

Lalo- Tampoco: mi deber era ponerme donde hubiera menos.

Somolinos- Ya. Romanticismo puro.

Lalo- Llegué en un taxi. Me acerqué a uno para preguntarle. Tenía un aspecto entre estudiante y obrero; estaba mirando desde lejos, en silencio y con un gran aire filosófico, como si la cosa no fuera con él. Le dije: camarada. Entonces se volvió, sacó la porra y zas. Un admirable ejemplo de laconismo. Cuando desperté estaba dentro de la Facultad, en

brazos de esa muchachita rubia de Preparatorio, que me miraba llena de lágrimas. ¡Oh, es el gran momento de los heridos!

Rivera- *(Que al fin ha acabado de quitarle las vendas)* A ver, quieto. *(Le limpia el alcohol)*. Pero, oye tú, ¿para esto te has puesto una venda de seis metros?

Aguilar- ¿Qué es?

Rivera- Si no tiene nada.

Lalo- ¿No?

Rivera- Nada; un rasguño.

Lalo- ¡Demonio!... Oye, ¿y no se podría abrir un poco más?

Rivera- Vamos, hombre...

Lalo- Entonces, la venda...

Rivera- Al cesto. *(Recoge sus cosas)*

Lalo- ¿Qué lástima? La rubita había dicho "pobre Lalo" con una ternura tan maternal... Se va a llevar una desilusión.

Somolinos- Muy gracioso. Tú te diviertes, y yo a responder en nombre de la Federación. A oírnos acusar una vez más de agitadores y revoltosos sin sentido. Bien está. *(Recoge sus documentos.)* Por mi parte, no volveré a hacerte caso hasta que no te abran cabeza... pero de verdad. Buenas tardes. *(Sale)*

Lalo- Adiós..., Santa Isabel de Hungría. Es intratable ese hombre. Se toma todas las cosas con una gravedad...

Aguilar- No me negarás que esta vez tiene razón.

Lalo- ¿Pero qué razón? ¿Qué culpa tengo yo de no haber recibido un estacazo más eficaz? Además, que lo de

ayer tarde no ha tenido ninguna importancia. Lo grave fue por la mañana.

Rivera- ¿Qué ocurrió por la mañana?

Lalo- Los exámenes. Se calcula un setenta por ciento de bajas. La mía entre ellas.

Aguilar- Muy bonito.

Lalo- Ah, ¿pero tú también? No, amigos, no. Os estáis poniendo todos en un plan de seriedad irritante. Aquí no puede haber una falta a clase, ni una juerga, ni un suspenso. Mucha disciplina, mucho laboratorio; y de haber algún herido, que sea grave. Pero ¿qué casta de estudiantes sois vosotros?

Aguilar- Quizás Somolinos exagera un poco. Pero, también tú...

Lalo- Yo lo que quiero es beberme hasta el último trago mi juventud. Estudiar no basta; hay que vivir. ¿Y qué vivís vosotros? Libros, conferencias, traducir revistas profesionales. Hala, de prisa, a terminar la carrera. Sólo veis el mundo por esa ventana. Pero la vida es más ancha; si le volvéis la espalda ahora, ¡pobre juventud la vuestra!

Aguilar- Pobre, ¿por qué? Lo que pasa es que a ti y a nosotros no nos divierten las mismas cosas.

Lalo- Sí, ya; también tenéis vuestras piscinas de invierno, vuestro tenis. Y los domingos, al campo, a hacer salud.

Rivera- Y las compañeras.

Lalo- Unas compañeras con las que no hacéis más que estudiar asignaturas, y algún beso suelto. Poca cosa. Cuando os encontréis de lleno en la vida, veréis para qué os ha servido tanto libro.

Aguilar- Por lo menos para desempeñar a conciencia una profesión útil.

- Lalo- ¿Útil? Vamos a ver. Tú eres agrónomo; habrás estudiando a fondo todas las leyes mendelianas de la herencia en el guisante, ¿verdad? Muy bien. Pero... ¿tú sabes en qué época del año se siembran los guisantes?
- Aguilar- ¿Los guisantes?... Los guisantes...
- Lalo- ¿Lo ves? Pues has perdido el tiempo. Y tú, cuando seas ingeniero y andes por esos montes haciendo el replanteo de carreteras, ¿sabes encender el fuego delante de tu tienda y hacerte unas sopas de ajo?
- Rivera- Bueno, Lalo, pero eso es una broma.
- Lalo- ¡Qué ha de ser broma! Yo tengo treinta años. Hace catorce que empecé a estudiar Medicina; tres generaciones han pasado sobre mi cadáver, y yo aquí, firme en mi puesto. Si la suerte me ayuda un poco, no terminaré en otros catorce. ¿Y qué? ¿Creéis que he perdido el tiempo?
- Rivera- No has terminado porque no quieres. Tú eres rico. Te gusta esta vida y puedes pagarte el lujo de estudiar eternamente.
- Lalo- Eso, por un lado, no lo niego. Las carreras no son para aprobarlas; son para disfrutarlas. Pero es que además he aprendido todo un repertorio de cosas útiles por mi cuenta. El primer año me suspendieron en Disección, pero aprendí carpintería; el segundo me colgaron en Fisiología, pero aprendí a cultivar maíz; el tercero caí en Patología y Terapéutica, pero aprendí la cría del conejo y a fabricar cestos de mimbre. Y si hoy naufragara en una isla desierta, yo os juro que sabría vivir solo y a mis anchas mejor que el primer Robinsón.
- Aguilar- Muy pintoresco. Lo malo es que no hay islas desiertas.
- Lalo- ¿No? Yo tengo una.

Rivera- ¿Una isla?

Lalo- Algo parecido. Es una alquería deshabitada desde mis abuelos. Tiene de todo: agua, monte, buena tierra, una casa de labor en ruinas y un molino. Todo abandonado desde hace cuarenta años. Pues bien: yo, Lalo Figueras, estudiantón inútil de la vieja escuela, a vosotros, súpercivilizados de hoy, os hago un desafío.

Rivera- ¡Venga!

Lalo- Os regalo esa finca. ¿A que no sois capaces entre todos - peritos agrícolas, ingenieros, arquitectos -, a que no sois capaces de poner todo aquello en valor, de levantar allí una granja modelo, una fábrica?

Aguilar- ¿Nosotros solos?

Lalo- Solos.

Aguilar- No, gracias. Demasiadas cabezas y pocas manos.

Lalo- Ah, tú lo has dicho; demasiadas cabezas.

(Entra Mario. Es un joven naturalista ingenuo y abstraído, de ceño hecho a la contemplación minuiciosa y manos de gesto delicadísimo. Sonrisa infantil, grandes gafas, sandalias y manga de cazar mariposas.)

Rivera- Ilustre Mario, hijo predilecto de Linneo: salud.

Mario- Salud, amigos.

Rivera- ¿Qué tal? ¿Ha sido provechosa hoy la caza?

Mario- Oh, nada; mariposas vulgares, un grillotalpa... Lo de siempre. No tengo suerte.

Aguilar- A ver si te espera aquí la sorpresa del día.

(Le entrega la cajita.)

Mario- ¿Qué es esto?

- Aguilar- Al parecer, un hermoso ejemplar para tu colección. De parte de Flora.
- Mario- ¡Flora! Gran muchacha. Es la primera mujer guapa que veo interesarse por las Ciencias Naturales. Perdón, voy a dejar todo esto en mi cuarto. Enseguida vuelvo. Perdón. (*Sale*)
- Lalo- (*Le mira ir moviendo reflexivamente la cabeza*) Pues mira el vegetariano este: veinticinco años, y es ya todo un sabio. ¡Qué vergüenza! Porque Mario es un sabio de verdad ¿eh?: se deja los grifos abiertos, se va andando al Pardo a cazar grillos... El otro día, creyendo que era un diccionario lo que tenía en la mano, se pasó media hora buscando una palabra alemana en una tabla de logaritmos.
- Aguilar- Tú tómalo a broma, pero Mario irá muy lejos. Es un naturalista de primer orden.
- Lalo- Sí, eso no lo dudo.
- Aguilar- Y en cuanto a sus animalejos, ¡si vieras qué maravillas en esas vidas tan pequeñas! Ahora está escribiendo una Memoria interesantísima sobre «Las costumbres nupciales de los insectos».
- Lalo- ¿Lo veis? A eso voy yo. Las costumbres nupciales de los insectos. Pero si ese chico no ha tenido una novia en su vida. Él será muy capaz de sorprender con su lupa el amor de una libélula. En cambio, todavía no se ha dado cuenta de que Flora está loca por él.
- Rivera- ¿Flora?...
- Lalo- Ah, ¿vosotros tampoco? ¿De dónde le viene a Flora, estudiante de Filosofía y Letras, esa ternura por los saltamontes? ¿Qué significa ese traerle de todas las excursiones algún bicho para su colección?
- Rivera- Pues, ¿sabes que es verdad?

Lalo- Naturalmente. Lo está sobornando con escarabajos.
(*Vuelve Mario emocionado, mostrando en alto su tesoro*)

Mario- ¡Quietos! ¡Aquí está! Miradlo todos. ¡Miradlo!

Lalo- (*Sobresaltado*) ¿Qué pasa?

Mario- Maravilloso.

Lalo- Pero ¿qué es?

Mario- (*Solemne*) ¡Un «cérceris tuberculata»!

Lalo- Acabáramos. (*Acercándose más tranquilo.*)
¿Conque este bicho es un «cérceris tuberculata»?
Nadie lo diría, ¿eh?; tan pequeño...

Mario- Un ejemplar maravilloso... Es el más terrible cazador del mundo animal. Tiene en el aguijón un veneno misterioso que deja a sus víctimas vivas, pero inmóviles, como hipnotizadas. Y así las va almacenando en su cueva, para que sus hijos tengan toda la temporada carne indefensa y fresca.

Lalo- Buen padre de familia.

Mario- Madre: es un cérceris hembra. Los machos son la mitad de pequeños y menos interesantes. No cazan, ni construyen; se limitan a fecundar a las hembras y no toman parte en ningún otro trabajo.

Lalo- ¿Ves tú? Eso no está bien. Las cosas, como son.

Mario- Es una reina de leyenda. Miren qué maravillosa armadura: la coraza anillada de verde acero; los guanteletes de los artejos; los élitros, de cobre y oro; los ojos como dos poliedros de cristal...

Lalo- (*Interesado*) A ver, a ver. (*Toma el insecto y le mira en todas direcciones. Los devuelve defraudado.*) Hijo mío, será todo lo reina de leyenda que tú quieras, pero yo no veo ahí más que un coleóptero indecente.

Mario- ¡Un coleóptero! ¿Has dicho un coleóptero? Por Dios, Lalo; el céceris es un himenóptero.

Lalo- Ah, es un himenóptero. Pues da lo mismo: es un himenóptero indecente.

Mario- (*Compasivo*) Pobres, no sabéis ver. Os pasmáis como papanatas delante de los elefantes y las catedrales. En cambio, estas cosas minúsculas... No sabéis ver, no sabéis ver... (*Sale lentamente denegando con el dedo.*)

ESCENA IV

LALO, RIVERA, AGUILAR Y FLORA
(*Flora entra con un periódico ilustrado.*)

Flora- ¿Habéis visto los periódicos de hoy?

Lalo- ¿Traen lo de San Carlos?

Flora- Lo que traen es un magnífico retrato de Natacha, con motivo de su doctorado.

Rivera- A ver. (*Abre el periódico. Los demás a su alrededor. Lee.*) «Natalia Valdés, alumna becaria de la Universidad Central y primera mujer que alcanza en España el doctorado en Ciencias Educativas.»

Aguilar- ¡Bravo, Natacha! ¡Y qué guapa está!

Rivera- Esto hay que celebrarlo.

Aguilar- Y que va a ser esta misma tarde. Lalo pagará el champán, ¿verdad?

Rivera- ¿Y las flores?

Lalo- También; todo lo que queráis. (*Aparte a Flora.*) Mario está en su laboratorio.

Flora- ¿Sí?

Lalo- Y emocionadísimo con su regalo. Creo que es un caso de «tuberculata» que hace llorar; una reina de leyenda, con guantes y poliedros y el demonio. Vaya, vaya usted allá. *(Le hace un gesto de inteligencia. Flora sonríe y le estrecha la mano.)*

Flora- Gracias. *(Sale.)*

Aguilar- ¿Has visto? Un verdadero triunfo para nuestro club.

Lalo- Un triunfo, sí. Pero otra compañera que termina, que se nos va. ¿Habéis pensado en eso?

Aguilar- La mejor compañera.

Rivera- El alma del grupo.

Lalo- Vuestra Natacha..., de la cual estáis todos vagamente enamorados. ¿Verdad? *(Rivera baja la cabeza.)* ¿Verdad? *(Baja la cabeza Aguilar.)*

Rivera- ¿Y tú, no?

Lalo- *(Con el mismo gesto.)* Yo también.

Rivera- Ah, eso no lo habías confesado nunca.

Lalo- Esperaba que alguno de vosotros se decidiera. Pero en vista de que ninguno se lanza, y banes de que se nos vaya, yo cumpliré mi deber.

Rivra- ¿Qué quieres decir? ¿Es que piensas hablarle?

Lalo- Esta misma tarde.

Aguilar- Pues no te auguro el menor éxito. Natacha es demasiado seria, entregada a su trabajo. No creo que le divierta pensar en otra cosa.

Lalo- No importa. En amor, como en todo, es tan hermoso fracasar!

Aguilar- Ah, siendo así...

- Lalo- El fracaso templa en el ánimo; es un magnífico manantial de optimismo. Todo hombre inteligente debiera procurarse por lo menos un fracaso al mes.
- Rivera- Pues no creo que sea nada difícil.
- Lalo- Para los tontos, no; pero éstos no cuentan. Tan bello como es el papel de víctima, cuando se sabe llevar. El herido, el desterrado, el amante sin esperanza... ¿Que emprendes un viaje a Palestina? Conseguir que el barco naufrague en las Baleares. ¿Que le pides relaciones a una compañera? Conseguir que te diga que no... ¡Y dices tú que no es difícil!
- Rivera- Eres admirable, Lalo; porque ahora estoy seguro de que hablas con toda tu alma.
- Lalo- Ahí está mi hoja de estudios para demostrarlo... ¿Tú viste ayer mi examen de Medicina legal?
- Rivera- Sí, no lo recuerdes. Fue espantoso.
- Lalo- ¿Verdad? Pero ¿qué iba yo a hacer? Era mi última asignatura; había que cuidarla. El profesor me miró al empezar icon unas ganas de aprobarme! Pero yo me defendí como un león. El hombre sudaba, se ponía pálido. Que mal rato pasó el pobre. En fin, ya está: un año más de estudiante, y ya veremos luego. Ah, los que no sentís esta emoción del fracaso, no comprenderéis nunca la esencia del romanticismo.

ESCENA V

DICHOS, NATACHA Y DON SANTIAGO

(Natacha viste con una gran sencillez, llena de legancia. Tiene, hasta cuando ríe, una tristeza lejana y preocupada.)

- Rivera- ¡Natacha!
- Aguilar- Querida doctora... ¡Don Santiago!...

Lalo- Enhorabuena, señor Rector.

Don Santiago- Gracias. A ella, a ella...

Rivera- ¿Cómo no nos habías dicho nada?

Natacha- Me parecía una cosa tan natural. ¿Y vosotros?

Rivera- Todavía no se sabe. Somolinos traerá las notas.

Natacha- ¿Buen ánimo?

Rivera- No falta.

Natacha- ¿Usted, Lalo?

Lalo- ¿Yo? Bien también; grandes esperanzas.

Natacha- Es el nuevo compañero, tío Santiago. Le conocimos en la Universidad de Verano de Santander; y se ha unido a nuestro grupo para organizar el Teatro ambulante. Lalo Figueras.

Don Santiago- Lalo Figueras... ¿Usted es el herido de ayer?

Lalo- Ya no.

Don Santiago- Vaya, menos mal. Pero, cuidado con esa sangre, muchacho.

Lalo- Le juro a usted que yo estaba en el público.

ESCENA VI

DICHOS, FLORA Y MARIO

Mario- ¡Señor Rector! *(Se saludan cordialmente. Flora abraza a Natacha.)* Con toda el alma, Natacha.

Natacha- Gracias, Mario.

Don Santiago- Otra que termina. Ya son ustedes dos.

Mario- Oh, no; yo estoy empezando siempre.

Don Santiago- ¿Qué tal va tesis nupcial?

Mario- Despacio; faltan materiales.

Rivera- Mario descansará ahora una temporada. Dejará en paz a sus insectos y formará parte de nuestro Teatro.

Don Santiago- Teatro trashumante; de pueblo en pueblo...

Lalo- Y para las cárceles, para los asilos. Llevaremos romances y canciones, farsas poéticas, teatro de Lope y Calderón.

Don Santiago- Y sobre todo, vuestra alegría, que será lo mejor del repertorio.

Aguilar- Este verano mismo haremos la primera salida.

Lalo- Iremos al Reformatorio de las Damas Azules.

Natacha- (*Sobrecogida.*) ¿Al reformatorio de las Damas Azules? ¡No!

Lalo- (*Sorprendido de la extraña reacción.*) ¿Por qué no?

Flora- ¿Te ocurre algo?

Natacha- (*Rehaciéndose.*) No, nada... No sé qué estaba pensando.

Don Santiago- Un poco de nervios. Anoche no ha dormido.

Flora- ¿Tú impresionada, Natacha? Vamos, vamos...

Rivera- A ver, sonríte un poquito... Así, gracias.

Aguilar- ¿Nos aceptarás un pequeño homenaje?

Rivera- Aquí mismo. Verás qué pronto se te pasa eso.

Lalo- Unas flores, un poco de espuma...

Aguilar- En seguida volvemos. (*Sale de lante con Rivera.*)
Lalo- Todos; tú también, molusco. Y usted, Flora. (*Salen Mario y Flora. Lalo detrás.*) La Flora y la fauna...

ESCENA VII

NATACHA Y DON SANTIAGO

(*Natacha se sienta pensativa. Don Santiago acude a su lado cuando han salido todos.*)

Don Santiago- ¡Natacha!

Natacha- Nada, tío santiago. Ha sido un mal recuerdo.

Don Santiago- Ese muchacho no podía sospechar siquiera...

Natacha- Después de todo, ¿por qué callar siempre? ¿Por qué ocultarlo como una vergüenza?

Don Santiago- No lo hago yo por eso. Pero sé que te duele recordarlo.

Natacha- ¡El Reformatorio de las Damas Azules! Mis últimos años de niña...

Don Santiago- Ea, no pienses en ello.

Natacha- No se me borraban de la imaginación mientras escribía la tesis de mi doctorado. Era aquello lo que pintaba, lo que combatía con toda mi alma.

Dun Santiago- Todos los reformatorios son tristes.

Natacha- ¿Y por qué? Convierten en cárceles lo que debieran ser hogares de educación. Y allí van a enterrarse, en una disciplina de rejas y de silencio, los rebeldes, los pequeños delincuentes. Los que más necesitan, para redimirse, un amor y una casa.

- Don Santiago- Un mal sueño. Olvídalo.
- Natacha- No puedo. He podido acostumbrarme a no hablar de ello. Pero olvidarlo... Es un resquemor de injusticia que queda para siempre... ¿Qué delito había cometido yo para que me encerraran allí? El estar sola en el mundo, el ser una «peligrosa rebelde», como decían, y el haberme escapado de casa de unos tutores desaprensivos, que no veían en mí más que un estorbo.
- Don Santiago- No le guardes rencor. Ellos tenían de la educación una idea equivocada, pero seguramente sincera.
- Natacha- Decían que allí me meterían en cintura. Y para esa hazaña de meter en cintura a un niño, mezclaban mis catorce años locos de ilusiones con pequeñas ladronas, con desequilibradas y morbosas sexuales. Y así tres años inacabables: rigidez, silencio, castigos de aislamiento absoluto por las faltas más pueriles... Hasta el día en que se le ocurrió a usted visitar aquella casa. (*Cogiéndole las manos.*) Cuánto le debo, Don Santiago.
- Don Santiago- Yo a ti, Natacha. Vivía demasiado solo. Darte una vida nueva, hacer de aquella jovencueta alocada toda una mujer, fue para mí la emoción de padre que no había sentido hasta entonces.
- Natacha- Nunca se lo pagaré bastante.
- Don Santiago- ¿Pagar? Ni siquiera en lo material me debes nada; has sido mi ayudante, mi traductora, hasta mi enfermera. Seguramente en nuestra vida hay un buen saldo a tu favor. Lo que si quiero pedirte es que, ahora que ya puedes volar libremente... no vuelas muy lejos de mí. Y sobre todo, no me niegues nunca ese título familiar, que me recuerda tantas horas tuyas...
- Natacha- (*Abrazándole.*) ¡Tío Santiago!...
- Don Santiago- Así: tío Santiago... (*Transición.*) Vienen... Tienes lágrimas, Natacha. Que no te vean así. (*Sale*

Natacha al jardín.)

ESCENA VIII

DON SANTIAGO, LALO Y MARIO

(Entran Mario y Lalo, con flores y champán.)

- Don Santiago- ¿Ya de regreso?
- Mario- ¿Salía usted?
- Don Santiago- Un momento, a Secretaría. Cuando estén los demás volveré por aquí. Tengo una buena noticia para todos.
- Lalo- ¿Del viaje de estudios?
- Don Santiago- Acaso... No desvelemos todavía el secreto. Hasta luego. *(Sale.)*
- Lalo- *(Mientras van dejando sus cosas.)* Gran hombre don Santiago.
- Mario- Un compañero más Si no fuera por los años, nunca se hubiera sabido en nuestras excursiones quién era el Rector y quiénes los alumnos.
- Lalo- Ah, un buen profesor debe parecerse lo más posible a un mal estudiante. ¿Has visto? La idea de nuestro teatro parece que le ha gustado.
- Mario- ¡También a mí! Es muy interesante.
- Lalo- Tú podrías ayudarme en eso. Estoy componiendo, para la presentación, una farsa animalista.
- Mario- ¿Una fábula? No me gusta; las fábulas de animales nunca se ajustan a la verdad. Desde el punto de vista científico, todo La Fontaine es un disparate.
- Lalo- Pero es que le punto de vista científico es muy aburrido, Mario. Verás: lo mío es una escenificación

de una balada de Heine. Ocurre en Roncesvalles, y hay un oso que canta una canción triste.

Mario-

Pero, Lalo, ¿un plantígrado cantando?

Lalo-

Sí, señor, un plantígrado. Y si no fuera porque la cosa ocurre en Roncesvalles ponía un cocodrilo. ¿Qué pasa?

Mario-

No, no, nada... ¿Y qué es lo que puedo hacer yo?

Lalo-

Pues eso, que me falta la canción. Tú, que eres un hombre triste, ¿no conoces alguna?

Mario-

Huy, canciones...

Lalo-

Alguna cosa sentimental, de panadero...

Mario-

No sé... Yo cantaba, de pequeño, algunos trozos de Parsifal.

Lalo-

No, por Dios. Algo popular.

Mario-

Popular, popular... Espera, también tengo una. Me la enseñaron en la sierra los de Filosofía y Letras. Pero es muy triste.

Lalo-

Mejor.

Mario-

Además, creo que no canto nada bien.

Lalo-

No importa; adelante.

Mario-

Es una cosa de amores contrariados...

Lalo-

Venga.

Mario-

Dice así: (*Canta con una profunda seriedad desvincijada*):

«Amaba yo
a una niña de quince años,
bella flor,
pero la infiel se burlaba

ipumba!
De mi amor;
izas!»

¿Te gusta?

Lalo- (Aterrado.) ¡Mario!

Mario- Muy triste, ¿verdad? Y sigue:

«Yo
cuando vi
que su amor
era mentira
y falsedad
la desprecié
y no ha vuelto
ipumba!
A mirar más;
izas!»

Lalo- ¡Mario de mi alma!

Mario- A dos voces suena mejor.

Lalo- (Abrazándole.) ¡Pero eso es magnífico!

Mario- ¿Verdad?

Lalo- Un verdadero hallazgo. ¡Es la cosa más estúpida que he oído en mi vida!

Mario- ¿Estúpida? (Lalo ríe con toda su alma.) Bien está. (Inicia el mutis. Se detiene.) Ya sé yo que no canto bien; por eso no me ofendo. Ya vez: tú te ríes, y yo te perdono... pero como pongas un cocodrilo, no trabajo. (Sale.)

Lalo- (Ríe de nuevo y trata de retener la canción):

«Amaba yo
a una niña de quince años,
bella flor...»

ESCENA IX

NATACHA Y LALO

(Pasa Natacha, que va a salir en la dirección de Mario. Lalo corta su canción.)

- Lalo- ¿Tiene usted algo que hacer ahora, Natacha?
- Natacha- No muy importante.
- Lalo- ¿Está usted sola?
- Natacha- Sola con usted. ¿Por qué?
- Lalo- Si no le estorbo mucho... tengo algo que decirle.
- Natacha- Diga.
- Lalo- (*Vacila.*) ¿Quiere usted sentarse?
- Natacha- ¿Es muy necesario?
- Lalo- Por lo menos puede ser útil.
- Natacha- Siendo así... (*Se sienta.*) Usted dirá.
- Lalo- (*Vacila nuevamente.*) Hace una temperatura deliciosa, ¿verdad?
- Natacha- (*Seria.*) Veintidós grados a la sombra.
- Lalo- ¿Veintidós? ¡Hola! (*Pausa.*)
- Natacha- ¿Eso era todo?
- Lalo- Espere, no se levante... ¡Natacha!...
- Natacha- ¿Le ocurre algo, Lalo?
- Lalo- Es que... ¡No sé qué rodeo buscar para decirle a usted que la quiero con toda mi alma! (*Respira.*) Ya está.

Natacha- *(Le mira fijamente. Sonríe.)* Lo esperaba.

Lalo- ¿Sí?

Natacha- De usted puede esperarse siempre cualquier disparate.

Lalo- Yo le juro a usted...

Natacha- No, no, no jure nada. *(Amigablemente.)* ¿Por qué es usted así, Lalo?

Lalo- ¿Así?... ¿Cómo?...

Natacha- Así: irreflexivo, volcado siempre hacia fuera como un chiquillo, y con una intrépida frivolidad. Usted siente el deber varonil de hacer el amor a sus compañeras. Y me ha preparado esta escena con la esperanza de que yo no le haría mucho caso, pero en el fondo se lo agradecería. ¿Es así?

Lalo- *(Buscando otro frente.)* Calma, calma, va usted demasiado de prisa. Lo que yo quería decirle es mucho más sencillo; y sobre todo, más concreto. ¿Me permite usted volver a empezar?

Natacha- Empiece.

Lalo- ¡Natacha!

Natacha- ...la quiero a usted con toda mi alma.

Lalo- No. *(Le mira sorprendida.)* Confieso que antes me he excedido. ¿Me deja usted seguir solo? Natacha: yo sospecho que estoy empezando a interesarme por usted seriamente. Usted me mira con cierta curiosidad, pero en el fondo me desprecia. No ha visto en mí más que el tipo de estudiantón viejo estilo: divertido, generoso de sí mismo, inteligente muchas veces, a pesar de los libros de texto, pero irremediabilmente inútil. Y yo vengo a decirle: quizá no reconoce usted bien. ¿Quiere usted conocerme, Natacha?

Natacha- Ah, eso es mucho más razonable.

Lalo- Yo prometo no mentirle en nada. No trataré de ocultarle ni uno solo de los defectos ni de las virtudes que me conozco.

Natacha- (*Despistada.*) Pero, ¿está usted hablando en serio?

Lalo- Perfectamente en serio. Veamos, primero, el aspecto físico de la cuestión. Datos concretos: he aquí mi ficha. (*Saca una cartulina del bolsillo y lee.*) «Lalo Figueras. Estudiante de Medicina. Treinta años. Herido tres veces en San Carlos. Talla: uno setenta. Perímetro torácico: noventa y ocho. Campeón de esquí en Peñalara. Reacción Wassermann, negativa. No ha tenido ninguna enfermedad fuera de la infancia, ni acusa el menor antecedente morboso. Metabolismo normal. Temperamento sanguíneo. No habla alemán.» ¿Qué tal?

Natacha- Interesante. ¿Eso de no hablar alemán, es también una virtud?

Lalo- En mí, sí. He tenido una novia alemana. Era guapísima, pero completamente tonta. Y para conservar la ilusión juré no aprender jamás ese idioma.

Natacha- Muy delicado de su parte. De todos modos... en una declaración de amor podía haberse ahorrado ese dato.

Lalo- No podía. Le he prometido antes que lo mismo que mis virtudes, le confesaría mis defectos. Lo confieso: he tenido una novia alemana. No lo haré más.

Natacha- Bien. ¿Ha terminado ya?

Lalo- En el aspecto animal, sí. Reconozca usted, que, por lo menos desde el punto de vista eugenésico, no estoy del todo mal. En cuanto a espíritu... soy un romántico.

- Natacha- No me gusta nada el romanticismo. Es la tristeza organizada como espectáculo público: llantos desmelenados, venenos, adulterios y músicos tuberculosos. No me gusta.
- Lalo- Qué le vamos a hacer; me falló esa rueda. En cuanto a lo social, soy individualista y robinsoniano. Puedo bastarme a mí mismo en una isla desierta.
- Natacha- Tampoco me gusta. Es una idea educativa de la Revolución francesa. Ya está mandada retirar esa teoría.
- Lalo- Ah, pero es que en mí no es una teoría: es un hecho. Yo, aparte un poco de medicina, sé cazar y pescar, cultivar maíz, fabricar cestos de mimbre...
- Natacha- Enhorabuena; con muy poco más sería usted un salvaje perfecto. (*Se levanta.*) ¿Y quiere que nos dejemos ya de ingeniosidades? Hablemos lealmente. Usted no siente por mí el amor que se imagina. Yo por usted, tampoco; la verdad, ante todo. De quien está usted verdaderamente enamorado es de sí mismo. Pero se equivoca mucho si piensa que le desprecio. Usted podrá ser una fuerza desorientada; pero es una fuerza. ¿Por qué no le busca un cauce social a esa alegría, a esa fe en la vida que le desborda siempre? ¡Podría hacer tanto bien! Usted sería un magnífico profesor de optimismo.
- Lalo- (*Ante una revelación.*) ¿Profesor de optimismo? ¡Gran idea! Pero ¿cómo no se me había ocurrido a mí eso?
- Natacha- Renuncie usted a su carrera. ¿Qué ganaría el mundo con tener un mal médico más? Aprenda en cambio, si todavía no sabe, a tocar la guitarra, a contar cuantos y sueños. Vaya a buscar a los pobres, a los enfermos, a los trabajadores que se nos mueren de tristeza en las eras de Castilla. Y repártase entre ellos generosamente. Lléveles esa alegría, enséñeles a reír, a cantar contra el viento y contra el sol. Y entonces sí, entonces será usted el mejor de mis

amigos. (*Echándole la mano.*) ¡Con toda el alma!
Adiós, Lalo. (*Sale.*)

ESCENA X

LALO Y SANDOVAL

Lalo- (*La mira ir. Le desborda una alegría sincera, llena de admiración.*) ¡Qué mujer! Las eras de Castilla..., cantar contra el viento y contra el sol... ¡Qué mujer!

(*Entra Sandoval, médico viejo, encogido y pulcro. Cartera de documentos al brazo.*)

Sandoval- Perdone... ¿La señorita Natalia Valdés?

Lalo- ¿Natacha?

Sandoval- No sé, quizás.

Lalo- ¡Extraordinaria mujer! Hablemos de ella, querido hablemos de ella.

Sandoval- Permítame que me presente: Félix Sandoval, médico y secretario del Reformatorio de las Damas Azules.

Lalo- Mucho gusto. Lalo Figueras, estudiante de medicina; profesor de optimismo de la casa.

Sandoval- ¿Profesor de optimismo?

Lalo- Acaban de nombrarme. Veintiuno de junio. Día de plenitud. Señalémoslo con piedra blanca, mi querido don Félix. (*Se pone una flor en el ojal.*) ¡Mire que hermosa luz de poniente! ¡A estas horas se habrá firmado ya mi suspenso en Medicina Legal!

Sandoval- Usted perdone... ¿Es en la Residencia DE Estudiantes donde estoy?

Lalo- En la Residencia es. El día del solsticio está; con veintidós grados a la sombra, en una habitación llena de flores... ¿Le pongo una? (*Lo hace mientras sigue hablando.*) ¡Y para hablarme de Natacha! ¡Oh,

Natacha es la mujer más encantadora de la tierra!
¡Si viera usted qué calabazas acaba de darme!

Sandoval- (*Inquieto.*) ¿Sí?... Je, je...

Lalo- ¡Y con qué sinceridad! ¡Con qué compañerismo!
¡Ah! Ella me ha abierto los ojos; yo no sabía que la gente se estaba muriendo a montones en las eras de Castilla. Hay que evitar eso a todo trance... ¿Usted sabe tocar la guitarra?

Sandoval- (*Francoamente amedrentado.*) ¿La guitarra?... No...
Todavía no... Pero aprenderé, aprenderé. Buenas tardes. (*Sale.*)

Lalo- Adiós, don Félix. Simpático don Félix. Adiós...

(*Canta*):

«Pero la infiel se burlaba
¡pumba!
de mi amor;
¡zas!»

ESCENA XI

LALO, FLORA, RIVERA Y AGUILAR, DON SANTIAGO.
LUEGO NATACHA Y MARIO

(*Entran Flora, Rivera, y Aguilar. En seguida, Don Santiago. Traen más chucherías, flores y botellas.*)

Lalo- Pase Nuestra Señora de los Ramos Verdes. Pasen los esclavos nubios con los cántaros de hidromiel.
¿Don Santiago?...

Flora- Ahí viene también.

Lalo- (*Llama.*) ¡Natacha!... ¡Mario!...

Aguilar- (*A Rivera.*) ¿Qué le pasa?

Rivera- O ha recibido el suspenso, o le ha dado calabazas Natacha.

(*Entran Natacha y Mario. Don Santiago por el lado opuesto.*)

- Lalo- El señor Recto nos tiene prometida una buena noticia. Helo ahí.
- Don Santiago- En efecto: una gran noticia para todos vosotros, y para la Universidad. (*Expectación.*) Nuestro viaje de estudios por el Mediterráneo ha sido acordado ya. Dentro de ocho días zarparemos en el «Ciudad de Cádiz».
- Voces- ¡Hurra don Santiago!
- Rivera- ¿Quiénes van por fin?
- Don Santiago- Irán representaciones de las distintas Facultades. Por lo que se refiere a vuestro grupo, vais todos. (*Exclamaciones de alegría. Empiezan a descorcharse las botellas.*)
- Flora- Un crucero de dos meses. ¡Juntos!
- Lalo- El barco es magnífico. A lo mejor, hasta naufragamos.
- Flora- ¡Tocaremos en Atenas!
- Rivera- ¡Llegaremos al Mar Rojo!
- Lalo- Y veremos Egipto, Mario. Para mí, las pirámides; para ti, el escarabajo sagrado.
- Aguilar- Brindemos, don Santiago.
- Don Santiago- Vosotros, vosotros. Yo no puedo ya beber nada. Ni quiero enturbiar vuestra alegría con mis años.
- Mario- (*Levanta la copa.*) Estudiantes: por nuestro Rector..., el más viejo y el más querido de nuestros compañeros.
- Don Santiago- Gracias, gracias. (*Sale mientras brinda Lalo.*)

Lalo- Por nuestro Rector, que ha organizado este maravilloso crucero; que ha elegido un espléndido barco, lo embreó bien de ilusiones por dentro y por fuera y metió dentro un par de estudiantes de cada especie. (*Risas.*)

Rivera- Brindemos por la compañera que hoy se nos va. ¡Que la doctora Natalia Valdés siga siendo siempre nuestra Natacha!

Todos- ¡Nuestra Natacha!

Natacha- Por la nueva estudiantina española; por esa alegría fecunda, que es el mejor tesoro de nuestra Universidad.

Lalo- ¡Muy bien! ¡Que hable Mario!

Mario- Yo no sé hablar.

Lalo- No importa; que hable.

Todos- ¡Que hable, que hable! (*Le obligan a subir a una silla.*)

Mario- Compañeros. (*Silencio.*) Yo no soy buen orador...

Voces- Muy bien, muy bien.

Mario- Gracias. No soy orador, ni poeta...

Voces- ¡Muy bien!

Mario- Pero ¿quién no se siente poeta y orador ante ese viejo mar que nos aguarda? Saludemos en el mar latino el primer camino de nuestra civilización. Recordemos que por ese mar, cuando éramos un simple país de conejos y de iberos desnudos, vinieron los fenicios, que nos trajeron el alfabeto, que nos trajeron la moneda...

Lalo- Y que les enseñaron a los ingleses a explotar nuestras minas.

- Todos- ¡Muy bien! ¡Bravo!
- Mario- Yo te saludo, con toda la emoción y la gracia de mi raza: mar azul de Afrodita, mar aventurero de Ulises, «Mare Nostrum».
- Lalo- Amén. (*Aplausos.*) Compañeros: un poliestornudo en honor del mar latino. (*Señalando tres grupos.*) ¡Austria! ¡Rusia! ¡Prusia! (*Dice cada grupo uno de estos nombres, de modo que se oiga una especie de estornudo colectivo.*)
- Rivera- Y ahora, entonces nuestro Gaudeamus estudiantil. (*Cantan a coro levantando las copas*): «Gaudeamus igitur iuvenes dum sumus...».

ESCENA XII

DICHOS Y SOMOLINOS

(*Somolinos aparece en la puerta.*)

- Somolinos- ¡Alto! ¡Alto ahí! (*Se hace el silencio.*) ¡Las notas! (*Expectación. Voces.*)
- Voces- ¡Di pronto! ¿Están las mías? ¡Dame!
- Somolinos- Calma; no os echéis encima. ¡Todos bien! (*Repartiéndolas.*) Flora Durán: enhorabuena. Miguel Rivera: arriba siempre. Luis Aguilar: bravo Luis...
- Aguilar- ¿Y tú?
- Somolinos- ¡Como nunca! (*Hay abrazos y exclamaciones consiguientes.*)
- Lalo- (*Que ha quedado aparte en silencio.*) ¿Y para mí? ¿No traes noticias?...
- Somolinos- Para ti... malas.

Lalo- *(Adoptando su bello papel de víctima.)* Di, sin miedo. Soy fuerte. Suspenso, ¿verdad? *(Somolinos deniega con la cabeza tristemente.)* ¿No?

Somolinos- Aprobado también.

Lalo- ¡Imposible! *(Coge su papeleta con un gesto trágico. Lee sin dar crédito a sus ojos.)* Lalo Figueras... Medicina legal... Aprobado. *(Amargo.)* ¡Así se hace justicia en España!

Mario- *(Se lleva un dedo a los labios.)* Respetemos su dolor.

Rivera- Resignación, Lalo.

(Flora y Aguilar le dan la mano con una leve caricatura de duelo y desfilan todos de puntillas.)

ESCENA XIII

LALO Y SANDOVAL

(Lalo se deja caer anonadado en un asiento, rumiando su nota. Pausa. Vuelve Sandoval.)

Sandoval- ¿Se puede?

Lalo- *(Con voz desmayada.)* Adelante.

Sandoval- Perdón. La señorita Natalia... *(Se detiene a reconocerle.)*

Lalo- La señorita Natalia Valdés. Le pasaré recado en seguida. ¿Tiene la amabilidad de sentarse un momento, señor Sandoval? *(Se quita, deshojándola, su flor.)*

Sandoval- Usted perdone... ¿Es usted el mismo muchacho que estaba aquí hace un momento?

Lalo- El mismo.

Sandoval- Entonces... no comprendo.

- Lalo- ¡Ay! Hace un momento yo era un estudiante. ¡Un estudiante, señor! Ahora soy un animal jurídico responsable. (*Muestra su papeleta.*) Usted es médico también, ¿no?
- Sandoval- También.
- Lalo- (*Le estrecha la mano en silencio compasivo y le quita también su flor.*) Entorne usted así los ojos. Mire al porvenir: clavículas rotas, fiebres tercianas, partos atroces... Y yo por esos caminos, en una mula, con un paraguas rojo... (*Cierra los ojos.*) ¿Quiere usted beber conmigo la última copa? (*Le sirve y levanta la suya lúgubrementemente.*) Vanidad de vanidades y todo vanidad... (*Rompe su copa y sale.*)
- Sandoval- (*Sinceramente aturdido.*) ¡Profesor de optimismo! (*Bebe y se sienta a esperar. Entra Natacha.*)

ESCENA XIV

NATACHA Y SANDOVAL

- Sandoval- ¿Señorita Valdés? Félix Sandoval, secretario de las Damas Azules.
- Natacha- ¿Del Reformatorio? Mucho gusto.
- Sandoval- Ante todo, mi más cumplida enhorabuena. Ha sido el suyo un triunfo rotundo y justísimo.
- Natacha- Gracias, señor Sandoval.
- Sandoval- Su tesis sobre «Los Tribunales de menores y la educación en las Casas de Reforma» nos ha causado una profunda impresión. Nosotros quisiéramos que nuestro Reformatorio para pequeños delincuentes y rebeldes fuera una institución modelo, como las que usted sueña.
- Natacha- Usted me dirá en qué puedo ayudarles.

Sandoval- Pronto está dicho. Nuestro Reformatorio viene viviendo en un régimen de interinidad; con la mejor voluntad por parte de todos, pero sin el personal técnico que los tiempos imponen. Y el Patronato ha pensado en usted.

Natacha- ¿En mí?

Sandoval- ¿Nos haría usted el honor de aceptar la dirección del Reformatorio?

Natacha- ¡Yo! ¿Pero el Patrono me conoce? ¿Saben que yo?...

Sandoval- El Patronato sabe solamente que usted es la primera doctora en Educación de nuestro país. Conoce sus trabajos sobre la materia. Y la Universidad nos ha facilitado las mejores referencias.

Natacha- No es posible esto...

Sandoval- ¿Conoce usted el Reformatorio?

Natacha- Sí..., hace años. Demasiado triste.

Sandoval- Ha mejorado mucho desde entonces. Se ha levantado un nuevo pabellón, hemos abierto un campo de juegos...

Natacha- ¿Qué condiciones me ofrece el patronato?

Sandoval- Las que usted señale. Aquí traigo una hoja a su nombre. El sueldo está en blanco.

Natacha- No se trata de eso. Pongamos el mínimo que hayan tenido las directoras anteriores. Lo que yo necesitaría es contar con una plena libertad de iniciativa en cuanto al régimen interior. Nunca aceptaría dar un solo paso en contra de mis convicciones.

Sandoval- Desde luego; usted tendría íntegramente la dirección técnica de la Casa. El Patronato se reserva solamente la representación legal y la tutela

administrativa... En fin; usted se toma el tiempo que necesite para reflexionar.

Natacha- No es preciso. Aceptado, señor Sandoval.

Sandoval- Gracias, señorita Valdés. Esté segura de que el Patronato acogerá su decisión con la más sincera alegría. ¿Quiere usted firmar? Aquí. (*Firma Natacha.*) ¿Desde cuándo podemos contar con usted?

Natacha- Desde mañana mismo.

Sandoval- Perfectamente. Pasaré a recogerla con la señora Presidenta. Gracias, siempre.

Natacha- Hasta mañana. (*Sale Sandoval. Natacha, sola, apenas puede dominar su emoción.*) ¡Al reformatorio otra vez! Pero ahora, ¡a derribar las rejas, a inundarlo de luz y de vida! (*Llama.*) ¡Flora! ¡Lalo! ¡Mario! (*Van entrando todos.*)

ESCENA XV

NATACHA Y LOS ESTUDIANTES

Natacha- ¡Ahora sí que puedo brindar y reír con vosotros! Al fin voy a trabajar, a ser útil. Pero no me abandonéis. Ahora, más que nunca, necesito esa alegría vuestra. Hay toda una juventud, enferma y triste, a la que nosotros podemos redimir. ¡Arriba ese corazón! Lalo, maestro de alegría. Vivir es trabajar para el mundo. ¿Qué importa lo que queda atrás? ¡La vida empieza todos los días!

Lalo- (*Contagiado de su entusiasmo.*) ¡Sí, Natacha! ¡Vivir! ¿Quién dijo ideas negras? Brindemos, amigos: a trabajar, a ser útiles al mundo. (*Levanta su copa.*) ¡Mañana mismo me matriculo en Filosofía y Letras!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

En el Reformatorio de las Damas Azules. Vestíbulo con acceso del exterior a un lado, y al otro, comunicación con el resto del edificio. Al fondo, en terraza escalonada, más alta que el resto de la escena, una pérgola de rosal o enredadera. La terraza dará salidas laterales al jardín. Tendrá tres arcos, más amplio el del centro, el cual, cerrado después con unas cortinas, servirá en el cuadro tercero para la representación de la «Balada de Atta Troll». En la escena, una mesa y ficheros de trabajo. En la terraza, una pizarra escolar trípode, barnizada de verde mate.

ESCENA I

EN ESCENA, LA PROFESORA, SRTA. CRESPO; FINA, ENCARNA, MARÍA Y VARIAS EDUCANDAS MÁS DE QUINCE A DIECIOCHO AÑOS.

Visten tristes uniformes oscuros o color ceniza, largos, muy cerrados, y cinturón azul; el pelo, recogido, sin el menor adorno. La profesora, seca, rígida, autoritaria, pero de ningún modo ridícula. Están ensayando una pequeña ceremonia de recepción.

Señorita Crespo- No, no, así no. Usted debe adelantarse, humilde y sonriente. El ramo en la izquierda, la falda, recogida un poco con la derecha. Se hace la reverencia. Primero a la Presidenta. ¡Señora Marquesa! Y luego a ella: ¡Señora Directora! Etcétera, etcétera. A ver; sin el ramo. (*Encarna se adelanta, hace con desparpajo los movimientos indicados y contiene una carcajada.*) ¡Silencio! ¿A qué viene esa risa estúpida?

Encarna- Si son ellas las que empiezan.

Señorita Crespo- No quiero oír una risa más. (*Mira secamente a todas.*) A ver.

Encarna- ¡Señora Marquesa! Señora Directora. Aceptad estas pobres flores que han regado nuestras manos. Que ellas os digan lo que nuestra emoción...

(*Nueva risa.*)

Señorita Crespo- ¡Señorita Méndez!

Encarna- (*Conteniéndose a duras penas.*) Lo que nuestra emoción en día tan feliz para el Reformatorio, no nos permite expresar con palabras.

Señorita Crespo- En fin..., puede pasar. Luego se entrega el ramo, y se besa la mano, cogiéndola así. (*Coge la de Encarna y la mira con espanto.*) ¡Cómo! ¿Se ha pintado usted las uñas? ¡Qué vergüenza! ¿Y pensaba usted entregar el ramo así? Retírese a la fila. Manos atrás. (*Aparece un momento el conserje para avisar oficiosamente.*)

Conserje- Prevenida, señorita Crespo. Ya llegan. (*Sale de nuevo.*)

Señorita Crespo- ¿Hay alguna otra que lo sepa? ¡Pronto!

Fina- (*Levantando la mano.*) Si usted quiere...

Señorita Crespo- ¿Usted? Vaya, a última hora, la más torpe. En fin... (*Le da el ramo y se pone delante.*) Quítele el papel... Diga: sí, señora Directora; no, señora Directora... Al besar la mano se dobla a la rodilla... ¡Fila!...

ESCENA II

(*Dichas, señora Marquesa, Natacha y Sandoval, que entran precedidos del conserje.*)

Marquesa- ... Y éste, que es el nuevo pabellón, ocupado por las educandas más antiguas. (*Presenta.*) La Profesora, señorita Crespo. Doña Natalia Valdés, la nueva Directora.

Señorita Crespo- Mis respetos, señora Directora.

Natacha- Gracias.

Señorita Crespo- Las educandas desean hacerle presente su saludo. (*Hace una indicación a Fina, que se adelanta en la*

forma ensayada. Habla de corrido, con un tonillo nervioso y triste.)

- Fina- Señora Marquesa, señora Directora, aceptad estas pobres flores que han regado nuestras manos. Que ellas os digan lo que nuestra emoción... nuestra emoción... (*Risa contenida de Encarna.*)
- Natacha- (*Cortando cariñosamente la vacilación.*) Gracias, pequeña. Gracias a todas. (*Al ver que hace ademán de besarle la mano.*): ¿Qué vas a hacer? ¡Niña! La mano estrechas: así. ¿Quieres una flor?
- Fina- (*Indecisa, mirando a la profesora.*) ¿La cojo?
- Natacha- Si te gusta, ¿por qué no? Toma. Estás muy nerviosa, pequeña. Vuelve, vuelve a tu sitio.
- Marquesa- (*Al grupo.*) ¿Qué dicen mis educandas? ¿Estáis contentas aquí?
- Todas- (*A coro.*) Sí, señora Marquesa.
- Marquesa- Cuando os veáis otra vez en el mundo, ¿tendréis la energía necesaria para no caer nuevamente en el delito?
- Coro- Sí, señora Marquesa.
- Marquesa- (*A Natacha.*) Estas mayorcitas son muy juiciosas. Nunca tenemos la menor queja de este pabellón.
- Sandoval- Son tres años de permanencia. El buen espíritu de estas muchachas es el mejor elogio de su profesorado.
- Señorita Crespo- Gracias, señor Secretario.
- Marquesa- Vuestra nueva Directora quiere ser para vosotras una madre y una compañera más. Ayudadla con vuestro cariño y con vuestra obediencia.
- Coro- Adiós, señora Marquesa.

Marquesa- (*Excusando que la acompañe.*) Oh, no se moleste.

Natacha- ¡No faltaba más!

(Salen, Marquesa, Natacha y Sandoval. Delante el conserje. La señorita Crespo, hasta la puerta. Las educandas aprovechan el momento para trabar su corro de comentarios.)

Encarna- ¡Qué joven es!

Fina- ¡Y qué guapa!

Encarna- Pero tiene una muela de oro, ¿no os habéis fijado? Y lleva las uñas pintadas. (*Con orgullo.*) ¡Como yo! (*Risas.*)

Señorita Crespo- (*Volviendo.*) ¡Silencio!

Encarna- ¿Ha visto usted? También la Directora se pinta las uñas.

Señorita Crespo- Silencio he dicho. La Directora es la Directora. Allá cada cual con su conciencia. ¡Fila! (*Vuelve Natacha.*)

ESCENA III

PROFESORA, EDUCANDAS Y NATACHA

Natacha- Y bien: ya estamos juntas, amigas. ¿Por qué estáis tan serias, en fila? Vamos, acercaos acá. ¿Cómo te llamas tú?

Fina- Josefina López Piñero, servidora.

Natacha- Pero no lo digas con ese tonillo, mujer. Josefina López. ¿Pepita?

Fina- Me llaman Fina.

Natacha- ¿Y qué te gustaría a ti ser, Fina?

Fina- ¿A mí...?

Natacha- Si fueras completamente libre, si pudieras hacer lo que quisieras, ¿qué harías?

Fina- *(Después de una vacilación sonriente.)* Cuidar gallinas y conejos. *(Encarna contiene su risa.)*

Señorita Crespo- ¡Señorita Méndez!

Fina- Las conejas paren siete crías todos los meses. ¡Ochenta y cuatro hijos al año, señorita!

Señorita Crespo- ¡Señorita López! ¿Qué lenguaje es ése?

Natacha- *(Suave.)* Déjela. ¿Qué mal hay en ello? Si se dice así... Muy bien, Fina; tú cuidarás conejos. Pero ¿de qué viene esa afición?

Fina- No sé... ¡Como en mi casa éramos once hermanos!... A los cinco más pequeños los crié yo. *(Nueva risa contenida de Encarna.)*

Natacha- ¿Qué te pasa a ti? Siempre estas ahí, conteniendo la risa a escondidas. Vamos, ven acá.

Encarna- Yo me llamo Encarna.

Natacha- Y tú, Encarna, ¿nunca te has reído con toda tu alma delante de la gente? ¿Quieres reírte ahora? A ver, que te oigamos. *(Encarna empieza conteniendo la risa. Luego estalla en una larga carcajada. Al fin para sin aliento.)* Así. ¿Estás más descansada ya?

Encarna- *(Respirando aliviada.)* Ay, sí, señorita; muchas gracias.

Natacha- ¿Y tú? ¿Cómo estás tan callada, con esos ojos tan tristes? ¿Cómo te llamas tú? *(La educanda baja la cabeza.)* Vamos, levanta esa frente; sin miedo. ¿Cómo te llamas?

María- María Expósito.

Natacha- *(La mira en silencio. Se acerca a ella y le da un beso en la frente.)* María es un bonito nombre. Me da el

corazón que vamos a ser muy buenas compañeras. Hoy voy yo a empezar pidiéndoos un favor a todas: no me llaméis nunca «señora Directora». No me suena bien... y me parece que hace vieja. ¿Queréis? Me llamo Natalia Valdés. Entre compañeras, Natacha. ¿Os gusta así?

Encarna- ¡Sí, así!

Fina- ¡Señorita Natacha!

Natacha- Así. Gracias. Vosotras, en cambio, me vais a pedir otra cosa. Algo que yo os pueda dar; y para todas. Siempre hay algo que se echa de menos, que no nos atrevemos a pedir, y que a lo mejor es tan sencillo... ¿Queréis pensarlo? ¿Me hace el favor un momento, señorita Crespo? *(La lleva a la mesa, le entrega el ramo para disponer las flores en un cacharro. Se quita el sombrero, etc., con la naturalidad del que toma posesión de su casa. Las educandas, aparte, discuten vivamente en voz baja.)* ¿Cuánto tiempo lleva usted en el Reformatorio?

Señorita Crespo- Cuatro años.

Natacha- ¿Y está usted contenta?

Señorita Crespo- Creo que cumplo mi deber.

Natacha- Bien. Pero ¿está usted contenta?

Señorita Crespo- Cuando se cumple el deber se está contenta siempre.

Natacha- Oh. La felicito.

Encarna- Señorita Natacha.

Natacha- ¿Ya está? Di.

Encarna- *(Volviéndose a sus compañeras.)* ¿Lo digo?

Todas- Dilo, dilo...

Encarna- Señorita Natacha..., si a usted no le parece mal, nosotras quisiéramos ino tener nunca más clases de matemáticas!

Natacha- Ah... no os gusta la clase de matemáticas.
(*Reflexiona un momento mirando a la profesora.*)
Perfectamente: no la tendréis nunca más. (*Alegría entre las educandas.*)

Encarna- Gracias, señorita.

Natacha- Ahora he de hablar un momento con vuestra profesora. ¿Queréis salir entretanto al campo de juegos?

Fina- ¿Solas?

Natacha- ¿Es que os da miedo?

Encarna- Al contrario. ¡Solas! (*Salen alegremente.*)

ESCENA IV

NATACHA Y SEÑORITA CRESPO

Señorita Crespo- Permítame la señora Directora. ¿Es que de verdad piensa usted suprimir en el Reformatorio las matemáticas?

Natacha- Las matemáticas, no; las clases.

Señorita Crespo- No comprendo...

Natacha- Lo comprenderá usted en seguida. Es muy sencillo.
(*Pausa.*) Parecen muy buenas muchachas todas ellas.

Señorita Crespo- Hum. Ya las irá usted conociendo.

Natacha- He contado veintinueve en los dos pabellones. ¿Es el total?

Señorita Crespo- El total son treinta.

- Natacha- Entonces... ¿hay alguna enferma?
- Señorita Crespo- Enferma, precisamente, no. Se trata de la señorita Viñal. Una indomable; el caso más peligroso del grupo. Está en la celda de reflexión.
- Natacha- (*Dolorosamente sorprendida.*) Pero, ¿existe todavía... «eso» que ustedes llaman la celda de reflexión?
- Señorita Crespo- Sólo en casos extremos. Y por un máximo de cuarenta y ocho horas. Es un castigo previsto en el reglamento.
- Natacha- (*Dominándose.*) ¿Por qué está aquí esa muchacha?
- Señorita Crespo- Rebelde y vagabunda. Es incapaz de someterse a ninguna disciplina. Sólo le gusta andar, andar... de día o de noche, sin rumbo.
- Natacha- ¿Y qué falta grave ha cometido ahora?
- Señorita Crespo- Se ha fugado la otra noche, descolgándose por la ventana con las sábanas. Han tenido que traerla los agentes. Es ya la tercera vez que intenta la fuga, en menos de un año.
- Natacha- Está bien... Hágala venir.
- Señorita Crespo- Si la señora Directora lo ordena.

(Natacha afirma con la cabeza. Sale la señorita Crespo.)

- Natacha- (*Ensimismada.*) La celda de reflexión... (*Se tapa los ojos queriendo alejar una imagen cruel. Entra el conserje, espantado y orondo dentro de su magnífico uniforme.*)

ESCENA V

NATACHA Y CONSERJE

- Conserje- Señora Directora. Esas educandas andan sueltas por el jardín. No respetan nada. La señorita Méndez se

ha descalzado y se ha puesto a saltar sobre el césped. ¡Un césped como terciopelo! Quince años sin que nadie se atreviera a tocarlo... (*Viendo que no le contesta.*) ¿Qué hacemos, señora Directora?

Natacha- Estaba pensando lo feliz que será la señorita Méndez, descalza, por ese césped de terciopelo; ¿lo cuidaba usted?

Conserje- A ver; no tenemos jardinero.

Natacha- Muy bien. Desde mañana lo cuidará la señorita Méndez. Seguramente para ella será una gran alegría, y un trabajo útil. Una cosa quería pedirle. Tiene usted uniforme... demasiado espectacular.

Conserje- (*Halagado.*) ¿Le gusta?

Natacha- No está mal. Las muchachas, en cambio, tienen unos uniformes tan pobres, tan tristes...

Conserje- Es que yo, señora Directora... ¡yo soy el Conserje!

Natacha- (*Con imperceptible ironía.*) De todos modos. ¿Le sería muy violento descender un poco de categoría? ¿Vestirse, sencillamente, de americana?

Conserje- Imposible. ¿Cree usted que de americana me iban a respetar?

Natacha- ¿Quién sabe? Inténtelo.

Conserje- (*Aterrado.*) Pero... señora Directora... Yo he sido cochero de casino; después, lacayo con la señora Marquesa. Y llevo aquí quince años de conserje... ¡Yo he sentido siempre la dignidad del uniforme!

(*Entra la señorita Crespo. Trae cogida de las manos a Marga. Ésta, despeinada, hinchados los ojos de llanto, lucha como una pequeña furia por desairarse.*)

Señorita Crespo- ¡Señorita Viñal!

Marga- Suelte..., suelte... (*Se desprende violentamente.*)
¡Que no me toque nadie! ¡Que no me miren! ¡No quiero ver a nadie! Ya podéis azotarme hasta que os duelan los brazos. Ya podéis atarme. No me dominaréis, cobardes. Me escaparé siempre, me romperé la cabeza contra las paredes..., me morderé las muñecas hasta que me desangre... Vivir aquí, no. ¡Cobardes, cobardes! (*Cae desfallecida en un asiento, en una crisis de hipo y de llanto.*)

Natacha- (*Serenamente.*) ¿Quieren dejarnos solas?

Señorita Crespo- Como la señora Directora ordene. (*Sale con el conserje.*)

ESCENA VI

NATACHA Y MARGA

Marga- ¿La directora? Ah, ¿es usted la Directora nueva? Pues ya lo sabe: que me encierren, que me aten. Yo me reiré de vosotras desde los caminos.

Natacha- Vamos, pequeña, serénate.

Marga- No me toque. ¿Por qué me encierran? Yo no he hecho mal a nadie. Yo solo quiero andar, andar... ¿A quién hago daño con eso? ¡Cobardes! Cuarenta horas sin sol, entre unas paredes que se tocan con las manos... ¿Y por qué dejan jugar a las otras en el patio? No se puede jugar cuando uno se está pudriendo contra el suelo... oyéndolas reír y viendo volar las golondrinas.

Natacha- Calma, muchacha. No llores más. No volverá a ocurrir.

Marga- Sí, mimos de gata ahora. Yo conozco eso. Todas las Directoras nuevas dicen lo mismo.

Natacha- Ea, tranquilízate. Seamos amigas. ¿A ti te gusta andar? A mí también. Nos iremos juntas por el monte; traeremos a la noche hojas y ramos verdes.

Hemos de ser grandes amigas, te lo juro. ¿Cómo te llamas?

Marga- Marga.

Natacha- ¿Margarita?

Marga- ¡Marga! Mírelo en la celda: lo he escrito por todas las paredes para que no se olvide. ¡Marga, Marga, Marga! En la celda es lo único que se puede hacer. Allí hay otros nombres. Uno, grande, clavado con las uñas en la pared. ¡Natacha!

Natacha- *(Cierra los ojos un momento.)* Los borraremos. Esta misma mañana vamos a hacer tú y yo un cubo de cal; blanquearemos bien esas paredes, que no quede rastro. Luego, cerraremos la puerta y tiraremos la llave al estanque. Yo te prometo que esa celda no volverá a abrirse más. Ven, Marga... *(Marga se aparta, esquiva aún.)* No aprietes así la boca... Tan bonita como eres. Recógete ese pelo; lávate las lágrimas. Esta tarde saldremos juntas; andaremos cantando hasta que no podamos más. *(Llevándola suavemente de la cintura.)* Verás que bien sabe después volver a casa. Y dormir en la cama fresca, con las ventanas abiertas, mirando las estrellas... *(La lleva así hasta la puerta. Sale Marga. Natacha se vuelve para recibir a las otras educandas que entran en tropel por el lado opuesto.)*

Encarna- ¡Señorita Natacha!

Natacha- Qué, ¿os habéis cansado ya? Luego, en la mesa, tenemos que hablar. Se me está ocurriendo una cosa.

Fina- ¿Qué, señorita?

Natacha- No me gustan esos uniformes negros, tan tristes. Si no resultara muy caro, podríamos tener otros. Iríamos mañana a Madrid, por la tela. Si cada una se comprometiera a hacerse el suyo... *(Sale.)*

EDUCANDAS. DESPUÉS, MARGA.

Encarna- ¡Vestidos nuevos!

Fina- Pero yo no sé cortar.

Encarna- Yo te ayudo. ¿Cómo lo queréis?

María- Azules.

Fina- ¡Blancos, blancos, que es como se ve si están limpios!

María- ¿Qué podrá costar?

Encarna- Somos treinta..., a tres metros. Un buen percal puede encontrarse a una sesenta y cinco... Espera.

(Hacen grupo en torno a la mesa rodeando a Encarna, que prepara lápiz y papel. Vuelve Marga.)

Fina- *(Corriendo a ella.)* ¡Marga! ¡Por fin!... ¿Has visto a la nueva Directora? Es más guapa..., más buena... Me ha prometido que me dejará criar conejos y gallinas. Además, ¿sabes? ¡Nunca más tendremos clase de matemáticas!

Marga- ¿De verdad?

Fina- ¡Nunca más!... ¡Y vamos a tener vestidos nuevos..., blancos... ¡Mañana iremos a Madrid a comprar tela!...

(Marga se ilumina feliz. Corre a la pizarra y escribe en letras grandes: ¡Abajo las matemáticas! Entretanto, las demás hacen su trabajo.)

Encarna- Noventa, a una sesenta y cinco. Nueve por cinco, cuarenta y cinco.

Fina- *(Corriendo allá.)* Y llevo cuatro. Nueve por seis, cincuenta y cuatro...

María- Y cuatro, cincuenta y ocho...

(Natacha, desde la puerta, sonrío contemplando la escena.)

TELÓN DE CUADRO

CUADRO SEGUNDO

En el mismo lugar, algún tiempo después. Ha desaparecido la pizarra. Las educandas, a partir de este cuadro, visten sencillas batas blancas, alegradas con algún discreto adorno; con ligeras diferencias, pero sin uniformidad. Lo mismo en zapatos y peinados. En escena la señorita Crespo, como en el cuadro anterior y el conserje, dentro de su soberbio uniforme. Pasa Fina hacia el jardín.

ESCENA I

CRESPO, CONSERJE Y FINA. LUEGO, ENCARNA.

Señorita Crespo- ¿Qué lleva usted ahí, señorita López? ¡Más arroz!
¿A quién ha pedido usted permiso?

Fina- Es para los pollitos, ¿no los ha visto usted? Catorce, señorita, han salido del cascarón esta mañana.

Señorita Crespo- Pero ¿a quién a pedido usted permiso para coger ese arroz?

Fina- No era para mí.

Señorita Crespo- No era para usted. Pero ¿a quién ha pedido permiso?

Fina- (*Confusa.*) A nadie.

Señorita Crespo- Muy bonito. Usted creerá que no tiene importancia. Pero no me da buena espina sorprenderle otra vez esas mañas. Recuerde usted por qué la han traído al Reformatorio.

Fina- Perdón...

Señorita Crespo- Que no vuelva a ocurrir.

Fina- Los pollitos son preciosos..., tan pequeños...
¿Quiere usted venir a verlos?

Señorita Crespo- No tengo tiempo para ocuparme de gallinas. (*Entra Encarna con una regadera. La deja un momento para arreglarse el pelo ante un espejo que saca del pecho.*) ¿Y usted, señorita Méndez? Le he ordenado copiar cien veces el verbo «obedecer». ¿Lo ha hecho?

Encarna- No he tenido tiempo aún. A la tarde lo haré. Ahora tengo que regar mi césped. ¿Cuántos han salido, Fina?

Fina- Catorce, itan menuditos, tan amarillos! Verás. (*Salen juntas sin oír a la profesora.*)

Señorita Crespo- ¡Señorita Méndez! ¡Señorita Méndez!... (*Se vuelve consternada al conserje.*) ¿Ha visto usted, Francisco? ¡Esto se hunde! No hay disciplina, no hay respeto al profesorado.

Conserje- Dígamelo usted a mí. Yo ya no me atrevo a mandar nada. ¿Para qué? Y como la señora Directora se empeñe en vestirme de americana, tendré que marcharme. ¡Qué sería de mí, sin uniforme, entre estos bárbaros!

Señorita Crespo- Aquí no hace cada uno más que lo que le gusta. Si las cosas siguen así, esto, más que un Reformatorio, va a parecer una colonia de vacaciones. Y desde que las comidas y los recreos se hacen en común con los muchachos, peor. Esos chicos son unos salvajes. Acabarán por quitar a nuestras educandas la poce delicadeza de mujer que les quedaba.

ESCENA II

CRESPO, CONSERJE, FINA, JUAN Y NATACHA

(*Se oyen gritos y llanto fuera. Entra Fina, seguida de Juan, un muchacho de dieciocho años, violento y sano; en seguida, Natacha.*)

Señorita Crespo- ¿Qué gritos son esos?

Fina- Me ha pegado..., me ha tirado al suelo. Mírele qué valiente.

Natacha- ¿Qué ha sido eso, Juan?

Juan- No la he pegado; la he empujado nada más. Yo pasaba por mi sitio.

Fina- Pero estaban los pollitos; los hubiera aplastado el muy bárbaro.

Juan- Los pollos estaban estorbando; el camino es para pasar. Y esta tonta se me pone delante, hecha una furia, sacando las uñas... ¡Como si fuera ella la gallina! Entonces le di un empujón, y pasé. Eso es todo.

Natacha- Déjanos, Fina. No ha sido nada, ¿verdad? Vuelve a tus pollitos. *(Sale Fina. Natacha se dirige a Juan. Le pone familiarmente una mano en el hombro.)* ¡Le has pegado! ¿Y no te da un poco de rubor, Juan? Tú, tan fuerte, pegar a una muchacha...

Juan- Tiene usted razón; nunca se debe pegar a una muchacha... Pero... ¡es que no habla ningún chico por allí cerca!

Natacha- ni a los chicos tampoco. ¿Es que necesitas sin remedio pegar a alguien?

Juan- A veces sí. No sé lo que me pasa. Tengo tanta sangre, que no sé qué hacer con ella.

Natacha- Lo que podías hacer es un gallinero. Realmente esos pollos no están bien en el jardín. ¿Tú sabes clavar, serrar madera?...

Juan- ¡Y a lo creo! Es muy fácil.

Natacha- En el almacén hay tablas y tela metálica. ¿Quieres hacerlo? Es la mejor satisfacción que puedes dar a Fina.

Juan- *(Ilusionado.)* ¿Hacer un gallinero? Ahora mismo.

Natacha- Ábrale el almacén, Francisco. Y si quiere usted ayudarle...

Conserje- ¿Yo, señora Directora?

Natacha- A su gusto.

Conserje- *(Con un gesto de cómica resignación.)* Andando.
(Salen.)

ESCENA III

NATACHA Y SEÑORITA CRESPO

Señorita Crespo- Ese muchacho nos dará un disgusto serio. Es el matón de la casa; no hay un solo compañero que no tenga cardenales suyos.

Natacha- Por eso está aquí. Pero no es caso perdido. Juan acabará siendo un hombre útil. Lo que le sucede, acaba él de decirlo a su manera: «tiene tanta sangre, que no sabe que hacer con ella». Procuremos tenerlo siempre ocupado en algún trabajo. Lo único que necesita ese muchacho es fatigarse. *(Pausa.)* ¿Qué iba usted a hacer ahora?

Señorita Crespo- He de dar mis clases.

Natacha- Deje las clases; ya llegaremos a eso. Las educandas están ocupadas en la huerta. ¿Por qué no va usted allá? Hable con ellas, interésese por sus cosas...

Señorita Crespo- Como la señora Directora ordene.

Natacha- Siempre la señora Directora. Así no haremos nada. Yo le pido a usted colaboración, y usted sólo me da obediencia.

Señorita Crespo- Yo no discuto nunca a mis superiores. Lo que si tengo el deber de advertirle es que la disciplina de la casa está gravemente quebrantada. Aquí son los muchachos los que se toman toda la iniciativa.

Natacha- Es la servidumbre de nuestra profesión. Hoy la educación no admite más esclavos que los maestros.

Señorita Crespo- Si ellos supieran regirse bien. Pero las clases están abandonadas. Sólo trabajan en lo que les gusta.

Natacha- Pero trabajan todos. ¿Y no ha observado usted que, con tan poca cosa, son felices? Pues siendo así, tranquilícese. La obra de reforma moral que esperamos, vendrá por ese camino.
(Acompañándola hasta la puerta.) Vaya con ellos. Si les oye reír, alégrese usted también. Y créame, señorita Crespo: sin un poco de felicidad, o se es un santo, o no se puede ser bueno. *(Sale la señorita Crespo. Natacha va a la mesa; toma del fichero una carpeta, repasa varias fichas y queda contemplando una: es la suya. Lee como para sí.)* «Natalia Valdés..., carácter melancólico y huraño..., rebelde peligrosa...» *(Vuelve el conserje.)*

ESCENA IV

NATACHA Y CONSERJE

Conserje- Ya está ese muchacho trabajando. No quiere que le ayude nadie.

Natacha- Acérquese, Francisco. Le he rogado varias veces que prescindiera usted de ese uniforme. ¿Por qué no quiere hacerme caso?

Conserje- Es que, señora Directora..., hay que conocer un poco a estos chicos. Por ejemplo: arman un escándalo en el patio; yo me acerco, y me pongo así. *(Un gesto de gallarda autoridad.)* Esto, de americana, no resulta.

Natacha- Perfectamente. No se ponga usted así.

Conserje- ¡Ah! Y si yo no me pusiera así, ¿qué sería del Reformatorio?

Natacha- Vamos a ver si nos entendemos. ¿Quiere usted que le cuente una vieja historia de esta casa?

Conserje- ¿Una historia? Muy bien.

Natacha- Hace años vivía aquí una muchacha... melancólica y huraña. En el jardín había entonces un césped de terciopelo, que no se podía tocar. Lo custodiaba una especie de dragón fabuloso: un conserje multicolor, con un magnífico uniforme. Era un tirano: cuando aquel uniforme tosía en el patio, Temblaba todo el Reformatorio. Una vez, la muchacha no pudo resistir la tentación. Era de noche; bajó descalza y se puso, a la luna, a bailar encima del césped. Pero la vio el conserje, y para asustarla azuzó contra ella el mastín de la huerta.

Conserje- (*Nervioso.*) ¿El mastín? Je, je... ¿Qué bárbaro, eh?

Natacha- Mucho. El mastín no mordía; eso ya lo sabía el conserje, claro; pero la muchacha, no. Y al verlo abalanzarse sobre ella, la impresión fue peor que una dentellada. Tuvieron que llevarla desmayada a su cuarto. Durante mucho tiempo la pobre tuvo pesadillas atroces; se despertaba sobresaltada, gritando; soñaba que la destrozaba a mordiscos un enorme mastín con gorra de conserje. La cosa no pasó de ahí, Pero a aquella muchacha le quedó para siempre un invencible horror hacia el césped que no se puede tocar, y hacia los grandes uniformes. (*Mostrándole la ficha.*) ¿La recuerda usted?

Conserje- Señorita Natacha... ¡Perdón!

Natacha- Oh, ya pasó, Francisco, ya pasó. Está usted seguro de que la pobre Natacha no volverá a recordar esto nunca más. Pero... ¿se quitará usted el uniforme?

Conserje- Sí, señorita, sí. Mañana mismo me verá usted sin él. (*Inicia el mutis.*) Y no tenga miedo: el mastín ya murió el año pasado.

(*Sale. Natacha hace unas indicaciones en las fichas. Entra don Santiago.*)

ESCENA V

NATACHA Y DON SANTIAGO

- Don Santiago- ¿Qué dice mi pequeña doctora?
- Natacha- (*Corriendo hacia él.*) ¡Tío Santiago! (*Se abrazan.*)
¿Solo?
- Don Santiago- ¿No han llegado aún tus compañeros? Pues no tardarán. Esperaba encontrarlos aquí.
- Natacha- Tres meses separados. ¿Qué tal ese crucero por el Mediterráneo?
- Don Santiago- Magnífico; ya te contarán, ya te contarán.
- Natacha- ¡Cuánto les he echado de menos!
- Don Santiago- Y cuánto te hemos recordado nosotros. En todos los puertos... «Si Natacha estuviera aquí... Natacha hubiera dicho... ¿Qué será de Natacha?»...
¡Siempre nuestra Natacha!
- Natacha- ¿Flora?...
- Don Santiago- Feliz; es una chiquilla con la vida en la mano.
- Natacha- ¿Mario?...
- Don Santiago- Tan serio siempre, dentro de sí mismo.
- Natacha- ¿Y Lalo?
- Don Santiago- Lalo... (*La mira sonriente.*) Lalo es un gran muchacho. Un torrente. El alma del viaje. Dime, Natacha...; ¿qué hay entre Lalo y tú?
- Natacha- ¿Por qué?
- Don Santiago- ¡Te recordaba tanto! Sus palabras siempre venían a caer aquí. Cuando decía «Natacha», parecía una caricia. ¿Qué hay entre vosotros?

Natacha- Oh, nada... Lalo cree que está enamorado de mí. Pero seguramente se engaña. Está enamorado de la vida entera, y acaricia lo que tiene más cerca. ¿Viene él también?

Don Santiago- ¡Cómo iba a faltar él! Y con una promesa cumplida. ¿Recuerdas su idea del Teatro estudiantil? Ya está en marcha. En las horas de alta mar lo han ultimado y ensayado todo. El domingo os darán aquí su primera fiesta.

Natacha- ¡Aquí! ¡Qué alegría para estos muchachos!

Don Santiago- Así lo espero. ¿Qué, y de tu vida? ¿No me cuentas nada?

Natacha- Ahora. También de eso tenemos mucho que hablar. Estoy llena de dudas, de vacilaciones.

Don Santiago- ¿Tú?

Natacha- Al principio todo me parecía sencillo. Veo claramente adónde quiero ir. Pero los medios..., este pequeño problema de cada día... Venga conmigo; vea los talleres, la huerta. Ahora están trabajando. Véanlos vivir...

(Han salido con estas palabras. La escena sola un momento. Entra Marga. Toma una silla y abre sobre sus rodillas un atlas en el que va siguiendo con el dedo viajes imaginarios. Aparece Juan en mangas de camisa, con una sierra en la mano.)

ESCENA VI

MARGA Y JUAN

Juan- Señorita Natacha... ¡Marga!

Marga- Buenos días, Juan. ¿Trabajando?

Juan- Nada, una chapuza. ¿Qué haces tú ahí sola?

Marga- Viajo.

Juan- ¿Viajas?

Marga- Por este atlas: me lo dio la señorita Natacha para eso. ¿Ves? Aquí está el mundo entero. Mira. (*Juan se arrodilla a su lado, en el suelo.*) Ésta es España; y esto azul, el mar. Lee ahí: «Mar Mediterráneo». ¿No sabes leer?

Juan- (*Avergonzado.*) No. (*Reacciona.*) No sé porque no quiero; no creas que soy tonto. Si yo quisiera... Bah, leer sabe todo el mundo.

Marga- ¿No fuiste nunca a la escuela?

Juan- De pequeño... una tarde.

Marga- ¿Una tarde solo? Poca cosa habrás podido hacer en una tarde.

Juan- Poca cosa, sí; rompí dos cristales. (*Contemplando un dibujo del atlas.*) Oye, ¿qué bicho es este que hay aquí pintado?

Marga- Un hipopótamo... ¿De qué te ríes?

Juan- Me estaba fijando en que se parece al conserje.

Marga- Sí se parece, sí. (*Ríe también.*) Mira; los hipopótamos viven aquí en el agua. Y a la derecha de los hipopótamos empieza Asia. ¿Ves esto rojo? Hay ríos muy grandes, serpientes venenosas y casas de bambú. Es la India.

Juan- (*Va repitiendo casi imperceptiblemente.*) La India...

Marga- Después, la China. Todo el suelo está sembrado de arroz. Los chinos andan descalzos, con túnicas amarillas, y van todos tirando de un cochecito con un inglés dentro.

Juan- La China...

Marga- Y luego Japón. Aquí. Unas islas llenas de crisantemos blancos. Las mujeres llevan un lazo

atrás y sombrillas de colores. Los hombres no hablan casi nunca; y cuando se ponen tristes, se abren la barriga con un sable. Eso se llama el «harakiri».

Juan- ¿El qué?

Marga- El «harakiri». Una cosa romántica.

Juan- (*Sinceramente admirado.*) ¡Cuántas cosas sabes, Marga! (*Le coge una mano con emocionada ternura.*) Y qué bonita eres..., qué bonita eres... (*Aparece el conserje.*)

ESCENA VII

DICHOS Y CONSERJE

Conserje- ¡Preciosa escena!

Juan- (¡El hipopótamo!).

Conserje- ¿Es eso todo lo que trabajas?

Juan- Voy. (*Se acerca a él, achulado y burlón.*) Salud, maestro. ¡Qué espléndida barriga para hacerse el «harakiri»!

Conserje- ¿El qué?

Juan- El «harakiri»... ¡Rrrsss! ¿Qué sabe usted de romanticismos?...

(*Sale con su herramienta. El conserje detrás. Marga, a solas con su atlas. Pausa. Se pasa una mano por la frente. Se reclina hacia atrás, cerrando los ojos. Se le cae el atlas. Llama, fuera, Natacha.*)

ESCENA VIII

NATACHA Y MARGA

Natacha- Marga, Marga. (*Entra y acude a ella, sorprendida.*) ¿Qué es eso, Marga? ¿Qué te ocurre?

Marga- (Vuelve en sí.) ¿Me he dormido?

Natacha- ¿Estás mal? Tienes frías las manos... ¿Qué es esto, Marga?

Marga- (Con miedo repentino.) Señorita Natacha... ¡Yo no quiero morir! ¡No quiero morir!

Natacha- (Inquieta.) Pero ¿qué tienes?

Marga- ¡Tan hermoso como es el mundo! No deje usted que me muera, señorita.

Natacha- Tranquilízate, niña. ¿Quién habla de muerte? Ha sido un desvanecimiento sin importancia. Estás débil, no comes apenas. ¿Qué te pasa?

Marga- No puedo; no resisto las comidas. Me dan mareos todos los días.

Natacha- ¿Cómo no me habías dicho nada?

Marga- Creí que pasaría... Pero tengo miedo; me faltan las fuerzas.

Natacha- ¿Desde cuándo te sientes así?

Marga- Hace tiempo ya. Empecé poco después de volver al Reformatorio.

Natacha- ¿Cuando yo llegué? Recuerda eso, Marga. Dime todo lo que ocurrió entonces. ¿Por qué te escapaste? ¿A dónde fuiste? No me ocultes nada.

Marga- Me escapé porque quería andar, andar... Quería volver a la ciudad; ver las luces y los escaparates. Era más de medianoche. Cogí flores en un jardín y seguí andando con mis flores. Detrás de unos cristales habían hombres y mujeres cenando. Me llamaron. ¿Cuánto valen esas flores? No las vendo; las robé para mí. Se rieron. ¿Quieres sentarte con nosotros? Ellas iban muy pintadas; ellos tenían trajes negros, con solapas de seda. Me senté. Bebimos champán. Yo no lo había bebido nunca; se

tiene en un cubo de hielo y se coge con una servilleta. Era gente muy simpática. El champán pica en las narices, pero hace reír. Luego, me llevaron en un auto. Yo iba detrás, con el más guapo, y una muy rubia, casi blanca. Creí que eran novios; pero no, él no quería más que besarme a mí. Yo me reía siempre; pero me dolía la cabeza; todo me daba vueltas. ¡Hacía tanto calor! Me preguntó él. ¿Cuántos años tienes? Diecisiete. Entonces ella decía por lo bajo: Cuidado, Enrique, cuidado. Después, ya no sé. Cuando me desperté, me habían dejado sola, entre la yerba, en un pinar de Guadarrama. Me dolía todo el cuerpo... Apenas podía andar... Fue cuando me trajeron los agentes. *(Desfallece de nuevo.)* Otra vez el mareo...

Natacha- *(Le sostiene la frente. Pronuncia apenas entre dientes.)* Canallas... Canallas...

TELÓN DE CUADRO

CUADRO TERCERO

En el mismo lugar. Hay preparativos de fiesta. Juan y otro par de muchachos acaban de colocar una cortina que cierra en cuadro la pérgola, transformándola en tabladillo hábil para representación de una farsa. Delante de la cortina, quedará un espacio para la actuación del prólogo.

El conserje, sin uniforme, trae sillas, que María y Encarna van colocando delante del pequeño escenario, de espaldas al público. Natacha y la señorita Crespo dirigen la instalación, atendiendo a todos.

ESCENA I

Juan- Esto ya está.

Natacha- ¿Corre bien? *(Juan hace jugar la cortina.)* Así, muy bien. Esas sillas, aquí. Trae más, Encarna; del comedor.

(Entran corriendo Marga y Fina.)

Marga- ¡Ya están ahí los estudiantes!

Fina- Son los títeres, señorita. ¡Traen un oso!

Marga- Vienen cantando en un carromato. Mírelos, señorita; van a entrar en el jardín.

Natacha- Avisa a todos, María. *(La llevan de la mano.)*

Señorita Crespo- *(Al conserje.)* Los títeres... Era lo que nos faltaba.

Conserje- Resignación, señorita Crespo. Los estudiantes llegan. Dentro de poco, no quedará en esta casa piedra sobre piedra.

(Entra Lalo. Viste de poeta romántico, chalina desbocada, fraque verde, chistera de terciopelo.)

ESCENA II

CONSERJE, SEÑORITA CRESPO Y LALO. LUEGO, NATACHA.

Lalo- Nadie en el jardín, nadie en el umbral... AH, de la hostelería. *(Entra.)*

Señorita Crespo- ¿Qué voces son ésas? ¿Quién es usted?

Lalo- Capitán de mar y tierra de la poesía estudiantil. Abajo está mi retablo; son los osos románticos, los húngaros trashumantes, los lobos y los zorros fabulistas... ¿Puedo soltarlos aquí, hermosa dama?

Señorita Crespo- *(Intentando una sonrisa.)* Je...

Lalo- No, si no le ha hecho gracia no se ría; es lo mismo. *(Al conserje.)* ¡Oh, ilustre cancerbero! ¿Qué decadencia es ésa? El otro día tenía usted un caparazón más decorativo.

Conserje- *(Con el mismo gesto de la señorita Crespo)* ¡Je!...

Lalo- *(Viendo llegar a Natacha.)* ¡Natacha! A mis brazos...

Natacha- Gracias, Lalo. Ya me parecía que tardabais. (*Van entrando muchachos y muchachas.*)

Lalo- ¿Está todo dispuesto?

Natacha- El tablado, sí. Mira. ¿Está bien así?

Lalo- Pluscuamperfecto.

Natacha- ¿Necesitáis algo más? Pinturas, vestuario...

Lalo- Nada; todo está resuelto en nuestro carromato. Podernos empezar cuando queráis.

Natacha- ¿Ya?... Que vengan todos.

Lalo- Sentaos, muchachos. Y que silbe el que quiera, que salte al tablado el que quiera; se admiten improvisaciones. No os pedimos ni perdón ni silencio. Alegría, sí. (*Levanta la mano anunciando.*) Atención: el Teatro estudiantil va a representar la «Balada de Atta Troll». Un momento. (*Sale.*)

(Han ido entrando todos los educandos y se sientan comentando en voz baja. Natacha entre ellos. La señorita Crespo y el conserje, en pie, un poco aparte. Se apagan las luces del escenario y se ilumina al tabladillo de la pérgola. En la balada, Lalo es el «Poeta»; Flora, «Mumma», Mario, «Atta Troll». Rivera, Aguilar y Somolinos hacen el resto de los papeles a juicio del director de escena.)

ESCENA III

BALADA DE ATTA TROLL

(Suena dentro una música –dulzaina y tamboril- de títeres de gitanos. El Poeta salta al tabladillo por delante de la cortina.)

Poeta- Alegría, muchachos, que llegan los gitanos; a la una, a las dos y a las tres.
A la una: que llegan los gitanos de cobre y aceituna.
A las dos: que traen el panadero y el oso y la canción.

A las tres: que llegan los gitanos y marchan otra vez.
¡Que lleguen los gitanos! ¡Que se van otra vez!
Alegría, muchachos; ¡a la una, a las dos y a las tres!

(Corre la cortina. Plaza en una aldea del Pirineo francés. En escena, el Húngaro con pendientes y anillos; Atta Troll, oso rubio, con cadena al cinto, y la osa Mumma detrás de su pandero redondo. Realista el disfraz de Atta; graciosamente estilizados los demás. Pintados en las ventanas caras risueñas, geranios y banderolas.)

Húngaro- Ruede el pandero,
grite la gaita;
¿quién no da dos cuartos
por ver esta danza?
Hombres, mujeres, mocitas, en flor;
¿quién no da dos cuartos
por ver a Atta Troll?

He aquí a Atta Troll en persona, y a Mumma, su compañera. Atta Troll es un oso alemán, educado en España. Gran bailarín, marido fiel y serio como un senador. No tiene más defecto que su sangre, romántica y judía. Por eso le gustan las canciones tristes, la cerveza y la luna. Toque el que quiera; no muerde. ¡Hombres, mujeres, mocitas en flor; a la salud de todos! ¡Baila, Atta Troll!

(Atta baila al palo. Mumma canta golpeando el pandero).

Mumma- La luna de Roncesvalles
lava el pañuelo en la fuente;
lo lava en el agua clara,
lo tiende en la rama verde.
Ay, la-la-la. Ay, la-la-la.
Ay, la-la-la. Ay, la-lá.

Poeta- *(Desde fuera, acercándose al tabladorillo.)*
Atta Troll, ¿Eres tú? Tú,
el rey de las montañas,
galán de Roncesvalles,
señor de nieves altas.
¿Tú, risa de las ferias,
danzarín de barraca?
Rompe el hierro, Atta Troll...

iel oso, en la montaña!...

Húngaro- Atta Troll es único en su arte. Los hombres le admiran; las mujeres le lanzan miradas ardientes. Pero Atta Troll es un enamorado fiel; sólo le gusta su compañera Mumma, la perla de Roncesvalles. Ahí la tenéis, pura y limpia como una azucena de cuatro patas. ¿A quién quieres? Dilo tú, Atta Troll.

Atta- *(De rodillas.)* ¡Mumma!

Poeta- Rompe el hierro, Atta Troll,
la montaña te aguarda.
Allí el gruñido verde
y la verde retama
y la luna torcaz de los pinares
y el pasto fresco de las nieblas altas.
Rompe el hierro, Atta Troll
¡El oso, en la montaña!

Húngaro- Hombres, mujeres, mocitas en flor;
que siga la danza
del rubio Atta Troll
Ay, la-la-la. Ay, la-la-la.
¡Baila, perro judío!

Atta- ¡¡No!! *(Hace frente al palo. Se arranca con un rugido la cadena, y saltando al escenario huye por entre las educandas asustadas.)*

Poeta- ¡Libre!

Húngaro- Aquí, Atta. ¡Ah, oso maldita!... Hijo de contrabandista.

Mumma- Atta... Atta Troll...

Húngaro- *(Volviendo su látigo contra ella.)* ¡Calla! ¡Calla tú!
(Ciérrase la cortina.)

Poeta- No temáis. Quietos. Siéntense todos. Atta Troll ha conquistado su libertad. Por la roca brava, mordiendo flor de ginesta y aire libre, ha vuelto a

Roncesvalles. Su grito retumba en los puertos de leyenda, como el cuerno de Roldán. Ahora lo veréis en su cubil caliente, con sus oseznas, gordas y rubias como hijas de pastores protestantes.

(Suena de nuevo la dulzaina. Un redoble de tambor y se corre la cortina. Aparece el cubil de Roncesvalles. Atta, sentado en el suelo, habla a sus oseznas de juguete.)

Atta- Sí, hijas mías. El oso, en la montaña. Abajo, en las ciudades, los hombres. Son débiles y verticales; pero tienen una terrible inteligencia para hacer daño. Se creen superiores a nosotros porque cuecen la carne antes de comerla. Pero un día nos rebelaremos contra ellos y los arrollaremos. Entonces, todos seremos libres. Y hasta los judíos tendrán derechos de ciudadanía, como los demás mamíferos. *(Pausa. Nostalgia.)* Y sin embargo... Las ciudades son hermosas, con luminarias y violines. Las ferias tienen caminos de olivos. Y se danza entre los ojos de las mujeres... ¿Qué será de mi pobre Mumma, cobarde y sola cantando? *(Recuerda.):*
La luna de Roncesvalles
lava el pañuelo en la fuente,
lo lava en el agua clara,
lo tiende en la rama verde.
Ay, la-la-la. Ay, la-la-la.
Ay, la-la-la. Ay, la, lá.

(Repiten el estribillo las educandas.)

(Por detrás del tabladillo aparecen el Húngaro, el Lobo y el Zorro. El lobo con una ballesta, el zorro con gafas leguleyas y un gran libro. Traen atada a Mumma.)

Húngaro- ¿Habéis oído cantar? Su cueva está cerca.

Lobo- Pero Atta Troll es fuerte.

Zorro- Detengámonos. Lo importante es buscar una fórmula.

Húngaro- No hay fórmulas. Me dejó en la miseria y debe morir. Tengo derecho a su piel.

Lobo- Yo tendré su carne.

Zorro- Y yo os absuelvo en nombre de la ley. Atta es un oso demagógico y libertario. Hágase justicia. (Abre su libro.) Artículo ciento cuarenta y ocho.

Poeta- ¡Atención, Atta Troll!
El hombre y el lobo y el zorro te buscan;
el hombre y el lobo y el zorro te matarán.
El hombre trae la codicia,
el lobo trae el cuchillo,
y el zorro, el código penal.

Húngaro- Subamos a su cubil.

Lobo- Peligroso. Atta Troll es fuerte.

Zorro- Calma; cuando podáis hacer una cosa a traición, no la intentéis de frente. ¿Para qué tenemos aquí a Mumma? Atta Troll la quiere. Que ella lo llame, y él mismo vendrá a caer en nuestras manos. Yo os juro que no hay animal más estúpido en este mundo que un oso enamorado.

Húngaro- *(Amenazando con el látigo.)* ¿A quién quieres tú, Mumma? ¡Dilo!

Mumma- *(Débil.)* Atta Troll...

Húngaro- ¡Más!

Mumma- Atta Troll... *(Atta Troll, que se había tenido en el cubil, se levanta de pronto.)*

Atta- ¿Quién llama? ¿Quién me golpea esta sangre, caliente de recuerdos?

Húngaro- *(Retorciéndole los brazos.)* ¡Dilo más fuerte!
¡Grítalo!

Mumma- Atta... ¡Atta Troll!

Atta- ¡Es su voz!

Poeta- No salgas. ¡Es la traición, es la muerte!

Atta- Y qué importa, si es ella. Si toda la montaña huele a ella. *(Asomándose.)* ¡Mumma! ¡Aquí, Mumma! *(Entonces el Lobo dispara su ballesta y se esconden todos.)*

Húngaro- ¡Tira!

Lobo- ¡Cayó!

Poeta- Malditos, lobos y zorros
que engañáis con el amor.
En el val de Roncesvalles
lo mataron a traición,
al pie de la fuente fría,
al pie del espino en flor...
En el val de Roncesvalles
imurió cantando Atta Troll!

Atta- *(Cae lentamente.)* Ay, la-la-la. Ay, la-la-la.
Ay... ¡Mum ma!

(Cortina. Los educandos aplauden. Se hace el oscuro en el tabladillo y se encienden nuevamente las luces del escenario. Lalo recoge en el pandero las flores que las muchachas se quitan del pelo y Atta Troll saluda desde el tablado.)

Lalo- Una flor, mocitas. Para los osos románticos, para los poetas, para los estudiantes. *(A Marga.)* ¡Gracias, cara de siempre novia!

Conserje- *(Que ha salido un momento al terminarse la representación, vuelve nervioso.)* ¡Señorita Natacha!... ¡La señora Marquesa!... ¿Qué dirá si me encuentra así?

(Expectación. Circula la noticia y se inicia la desbandada. Los muchachos, los primeros, llevándose las sillas. El conserje también.)

Lalo- *(A Natacha.)* ¿Barco enemigo?

Natacha- Es la Presidenta del Patronato. Quietos. ¿Por qué os vais? La señora Marquesa tendrá el mayor gusto en presenciar nuestra fiesta.

(Entra la señora Marquesa acompañada de Sandoval.)

ESCENA IV

DICHOS, MARQUESA Y SANDOVAL.

Marquesa- Señora Directora...

Educandas- Buenas tardes, señora Marquesa.

Marquesa- Buenas tardes, muchachas. ¿Qué carromato he visto a la puerta, señorita Valdés?

Natacha- Es el teatro de los estudiantes. En este momento acaban de presentarnos una balada de Heine.

Marquesa- *(Con un grito de espanto al ver, de pronto, al oso junto a sí.)* ¡Oh!... ¿Qué significa esto?

Natacha- Son mis compañeros. *(Presentando.)* Mario Ferrán, licenciado en Ciencias Naturales. *(Mario se quita la cabeza para saludar y le tiende la mano, que ella acoge con reservas)* Lalo Figueras...

Lalo- Estudiante siempre. Herido tres veces en San Carlos.

Marquesa- *(Nerviosa, sintiendo un poco ridícula la situación.)* Muy pintoresco..., muy pintoresco... ¿Podemos pasar a su despacho, señorita Valdés?

Natacha- No es preciso. *(A los estudiantes.)* ¿Queréis dejarnos un momento? Señorita Crespo... *(Sale ésta con las educandas.)*

Sandoval- *(A Lalo.)* ¡Oh, el profesor de optimismo!... ¿Qué, se ha comprado usted ya su paraguas rojo?

Lalo- ¿Quién piensa en eso? Ahora soy poeta. Que es una ciencia tan inútil como la Medicina; pero mucho más divertida. Hasta siempre, don Félix. (*Han ido saliendo todos.*)

ESCENA V

MARQUESA, NATACHA Y SANDOVAL

Marquesa- Perdone mi falta de oportunidad. No tenía noticias de esta fiesta.

Sandoval- ¿Puedo retirarme, señora Presidenta?

Marquesa- No, usted quédese, se lo ruego. (*Pausa embarazosa.*) Señorita Valdés... He de hablarle en nombre del Patronato..., una misión delicada. Se trata de su actuación al frente del Reformatorio.

Natacha- Ruego a la señora que hable sin el menor reparo.

Marquesa- Hasta el momento, su labor sólo merece plácemes. Yo lo comprendo..., usted tenía que atraerse a las muchachas... Sin embargo -perdóneme que se lo advierta-, ¿no habrá ido usted demasiado lejos en sus concesiones?

Natacha- No comprendo.

Marquesa- Descendamos a algunos detalles. Las educandas se han acostumbrado a no sentir sobre sí la menor coacción. Viven en una alegre libertad, y hasta en un ambiente de cierto lujo. Se ha instalado una sala de duchas; se han suprimido en el comedor los platos de estaño y los tapetes de hule. Tienen manteles blancos que cambian a diario...

Natacha- Se los han hecho ellas, los lavan ellas...

Marquesa- Sí, sí, muy bien. Pero esa mantelería, esas duchas y tantas otras cosas, un poco excesivas, ¿no serán, a la larga, un daño para ellas? Piense usted que les está creando unas necesidades que luego no podrán

satisfacer. ¿En qué condiciones volverán mañana a sus casuchas de vida amontonada y miserable?

Natacha- Pero el mantel blanco y el agua, son compatibles con el hogar más humilde. Por otra parte, desde que las muchachas mismas se han encargado de la cocina, se gasta menos.

Marquesa- No, si no es el dinero lo que me preocupa. Yo he tenido siempre mi bolsa abierta a todas las necesidades.

Natacha- ¿Es la desición del Patronato volver atrás estas cosas?

Marquesa- Oh, no, no insistamos en ello. Al fin y al cabo, son pequeños detalles sobre los que me limito a llamar su atención. Usted decidirá. Pero hay otras cosas... El régimen de trabajo libre, la indisciplina que ya apunta por todas partes... Es peligroso todo eso, tratándose de almas moralmente débiles, formadas en el delito y en la calle.

Natacha- Pero es que la dureza de vida, la violencia y el castigo, ¿no son precisamente el régimen de la calle?

Marquesa- Sí, ya sé lo que va a decirme. Sé, además, que no le faltará a usted todo un cúmulo de doctrinas en que respaldar su actitud. Pero yo me atengo a una triste realidad que conozco desde hace muchos años.

Natacha- (*Con amarga intención.*) Puede usted estar segura de que también yo procedo sobre tristes realidades vividas.

Marquesa- En fin, hasta aquí cabría la discusión. Yo he vivido bastante y he acabado por acostumbrarme a creer que la razón la tenemos siempre entre todos. Pero hay un último problema en que no puedo transigir. La separación de muchachos y muchachas ha empezado a quebrantarse: las comidas, los recreos y los trabajos de taller ya se hacen en común. ¿Ha pensado usted que ese régimen de convivencia en la

pubertad –peligroso siempre- puede ser gravísimo en la atmósfera moral de un reformatorio?

Natacha- Yo no sé que una institución educativa pueda organizarse de modo distinto a como está organizada la vida.

Marquesa- Es decir, ¿que usted no ve los peligros de ese sistema aquí? ¿Sabe usted que ya hay quien ha sorprendido a muchachos y muchachas besándose en los talleres?

Natacha- (*Impaciente.*) ¿Y ha pensado usted si esos besos, que no son un delito, pueden empezar a ser la redención de otros males peores del aislamiento?

Marquesa- ¿Qué quiere usted decir?

Natacha- Si usted no me ha entendido ya...nada.

Marquesa- (*Herida.*) ¡Señorita Valdés! Me está usted hablando con un aire de superioridad intolerable. Usted se cree dueña absoluta de la verdad.

Natacha- Soy, sencillamente, leal a mis ideas. Tanto como usted a las suyas. Y lamento que sean tan opuestas. Por mi parte, el señor Sandoval recordará mis palabras al hacerme cargo de esta Dirección: jamás aceptaré dar un solo paso en contra de mis convicciones.

Marquesa- Entonces... ¿debo tomar esas palabras como una dimisión?

Natacha- ¿No era eso lo que se pretendía?

Sandoval- (*Que ha seguido la escena con interior violencia, convencido alternativamente por una y otra réplica.*) Pero reflexione usted...

Marquesa- (*Cortando.*) ¡La señorita Valdés no habla nunca sin reflexionar, señor Sandoval! (*A Natacha.*) Créame que lo siento. Me hubiera gustado encontrar en usted un poco más de transigencia. En cuanto a su

contrato, puede usted reclamar la indemnización que estime oportuna. (*Llama.*) ¡Señorita Crespo! (*La señorita Crespo aparece inmediatamente.*) ¿Puedo dirigir unas palabras a las educandas?

Señorita Crespo- En seguida. (*Sale de nuevo.*)

Sandoval- (*Acercándose a Natacha.*) Lo siento con toda el alma.

Natacha- Lo sé. Gracias. (*Vuelve la señorita Crespo con las educandas.*)

ESCENA VI

MARQUESA, NATACHA, SANDOVAL, SEÑORITA CRESPO Y EDUCANDAS

Señorita Crespo- La señorita Presidenta desea dirigiros la palabra.
¡Fila! Esa frente más alta, señorita Viñal... ¡Señorita Viñal!...

(*Marga, que ha entrado sin fuerzas, caída la cabeza, se dobla sobre las rodillas y se desploma hacia adelante. Revuelo.*)

Marquesa- ¿Qué es esto?

Encarna- ¡Se ha desmayado!

Marquesa- Pronto... Señor Sandoval...

Sandoval- A ver, ayúdeme. No será nada... Sosténgale la cabeza.

Marquesa- ¡Dios mío!

Fina- ¡Marga!... ¡Marga!...

(*La llevan entre todos. Los estudiantes han entrado al oír los gritos. Quedan en escena con Natacha.*)

ESCENA VI

NATACHA Y ESTUDIANTES

Flora- ¿Qué ha pasado aquí?

Mario- ¿Esa muchacha?...

Natacha- Nada, un desmayo.

Rivera- ¿Podemos hacer algo nosotros?

Natacha- Os aseguro que no es nada. Ya le ha dado otras veces.

Lalo- ¿Y a ti? ¿Qué te ocurre a ti?

Flora- Te tiemblan las manos.

Natacha- Nada tampoco. Parece ser que al Patronato no le ha gustado mucho mi labor. Y han enviado a pedir amablemente mi dimisión.

Mario- ¡Natacha!

Natacha- Ya no soy nadie en esta casa. (*Silencio angustioso.*)

Lalo- Entonces... ¿todo ha terminado?

Natacha- (*Rehaciéndose.*) ¿Terminar? Ah, no; ahora es cuando vamos a empezar de verdad. ¿No os tengo aquí a vosotros? (*Rápida.*) Óyeme, Lalo, te lo pido con toda el alma. Tú tienes una finca abandonada, una granja posible; un día se la ofrecías a éstos por desafío... Déjanos esa finca, préstanosla. ¡Allí puede desenvolverse toda una vida!

Lalo- Tuya es.

Natacha Y ayudadme todos. Estos muchachos vendrán con nosotros. Me los he ganado yo día por día; son míos y me necesitan. Dadme un año de vuestra vida para ellos.

Lalo- Contigo siempre, Natacha.

Natacha- (*Tendiendo las manos a todos.*) ¡Un año de vuestro

trabajo! ¡Un año de vuestra juventud, y crearemos toda una vida nueva! ¿Todos?

Estudiantes- ¡Todos!

ESCENA VII

DICHOS Y SANDOVAL

Sandoval- (*Entra agitado.*) Señorita Natacha... Si no es posible. ¿Usted sabe? Esa muchacha... ¡lo que tiene esa muchacha es un hijo!...

Natacha- (*Amargamente.*) Ya lo sabía.

Sandoval- Pero, si no es posible... ¿Qué hacemos?

DICHOS Y MARQUESA

Marquesa- Hay que evitar a todo trance que esto se sepa. ¡Qué vergüenza para el Reformatorio! Arréglole como sea, señor Sandoval. Saque hoy mismo a esa muchacha de aquí. Llévela a una casa de maternidad. ¡Que no lo sepan las otras!

Natacha- (*Avanza, decidida.*) ¡Esa muchacha no saldrá de aquí más que conmigo!

Marquesa- ¡Puede usted estar satisfecha, señorita Valdés: sus hermosas doctrinas empiezan a dar resultado!

Natacha- (*Herida, rebelándose ante la acusación.*) ¡Ah, eso sí que no! No son mis doctrinas. Preguntad la verdad a los pinos de Guadarrama. ¡Preguntadles hasta dónde es capaz de llegar un señorismo borracho de champán. ¿Y ahora queréis volcar sobre ella una vergüenza que no es suya? ¿Es que queréis que empiece ya a maldecir esas entrañas que pueden ser su redención? ¡No! ¡No le mentiréis! (*Llamando.*) ¡Marga!... ¡Marga!...

Encarna- Ya viene aquí. (*Entra Marga, sostenida por Fina, detrás de la señorita Crespo.*)

Natacha- Aquí, Marga. ¡Conmigo! Es preciso que lo sepas. Vas a tener un hijo. Pero no te avergüences. ¡Levanta la frente y grítale ese dolor al mundo negro! ¡Que se arrodillen los culpables!... ¡Tú, de pie, con tu hijo!

Marga- *(Con un gozo febril que le rompe a gritos la garganta.)* ¡Un hijo!... ¡Un hijo!... *(Lalo vuelca ante ella su pandero de flores.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

Un año después, en la granja que estudiantes y educandos han organizado. Especie de cobertizo o zaguán de acceso a la alquería. Al fondo, ventana grande sobre el campo. A la izquierda la escena abierta termina en un porche emparrado. Entre éste y la ventana, dos arcones, grano y herramientas, y aperos de labranza. A la derecha, puerta de entrada a la casa; y una mesa con microscopio, láminas de corcho con insectos, libros, lupa, manga de entomólogo y una caja de cartón y cristales para la observación: es el «laboratorio» de Mario.

En escena, Fina y dos muchachos que pasan el grano de un saco al arcón, midiéndolo.

ESCENA I

Fina- Cuarenta y ocho..., cuarenta y nueve... y cincuenta. Listo *(Toma nota en un pequeño block con un lapicero que lleva el cuello.)* Lo demás, al granero. Al fondo: no lo vayáis a mezclar con el centeno.

(Entran los muchachos en la casa. Llegan de fuera Somolinos, Rivera, Aguilar y Juan. Unos en mangas de camisa, otros con monos grises de trabajo. Juan se sienta rendido. Los otros van dejando en el arcón sus herramientas, hilo de cobre, etcétera.)

FINA, RIVERA, AGUILAR, SOMOLINOS Y JUAN

Fina- ¿Ya habéis terminado vosotros?

Somolinos- Ya.

Fina- Buena jornada. ¡Desde las cinco de la mañana!

Somolinos- ¿Nos sentiste salir?

Rivera- No se podía perder tiempo. Esto tenía que quedar hecho sin remedio. Es nuestra despedida.

Fina- ¿Cuándo tendremos fluido?

Aguilar- Esta misma noche. ¿No habéis oído desde aquí la turbina? Hemos soltado la presa, y marcha admirablemente.

Rivera- Luego, para el otoño, hasta podréis mandar luz a todas estas aldeas.

Fina- Va a parecernos mentira. ¡Aquellas noches de invierno con petróleo! ¿Sabrá Juan manejar todo esto?

Juan- ¡Bah!... Es muy sencillo...

Aguilar- Juan sabe ya todo lo que hay que saber. Es un bravo muchacho.

Rivera- *(A Aguilar.)* ¿Te acuerdas, en la Residencia, el día que Lalo nos desafiaba a hacer esto precisamente? Tenía un fondo de razón.

Fina- Pero estaréis rendidos.

Somolinos- Ya descansaremos. Ahora, al río: un buen baño frío, y como nuevos. ¿Vamos, Juan?

ESCENA II

DICHOS Y DON SANTIAGO. DESPUES, MARIA

Aguilar- Señor Rector.

Don Santiago- ¿Qué hay? A vosotros no os he visto en toda la mañana.

Rivera- Hemos estado en el molino desde el amanecer,

instalando la turbina.

Fina- ¿Ha recorrido usted toda la granja?

Somolinos- ¿El lagar?

Fina- ¿Los establos?

Aguilar- ¿La nueva roturación?

Don Santiago- Todo. Y os confieso que estoy orgulloso de vosotros. No creía que en un año pudiera hacerse tanto.

Rivera- Para nosotros, un año de vacaciones. ¡Lástima que se acaba ya!

Don Santiago- *(A Aguilar.)* ¿Qué tal, señor agrónomo? ¡Buen curso de prácticas, eh!

Aguilar- Bueno. *(Mostrándole las manos.)* Mire.

Don Santiago- ¿Callos? No está mal; es un doctorado que debiera tener todo el mundo. *(A Juan.)* Y tú, ¿no les pegas ya a tus compañeros?

Juan- *(Sonríe sin fuerzas.)* Ahora no puedo. Estoy muy cansado.

Don Santiago- ¿Salíais?

Rivera- Al río, a hacer apetito. *(A María, que cruza con un gran cesto de ropa lavada.)* ¿Qué tal está el agua, María?

María- Fresca, fresca. Así lava mejor. *(Van saliendo los estudiantes y Juan.)* Buenas tardes, don Santiago.

Don Santiago- Muy sonriente vas con tu carga.

María- Me gusta el trabajo de lavandera. El río corta las manos, pero da ganas de cantar. El cesto me lo hizo Lalo.

Fina- ¿Cuántas piezas van hoy a la colada?
María- Cuarenta y ocho. (*Sale. Fina toma nota.*)
Don Santiago- Buena granjerita. No pierdes un detalle.
Fina- ¡Qué remedio! Soy la administradora general.
(*Habla hacia el emparrado.*) De prisa, Francisco;
así no acabaremos con la leña nunca.

(*Entra Francisco, el antiguo conserje, en manga de camisa. Trae una
carretilla con leña cortada.*)

ESCENA III

FINA, DON SANTIAGO Y FRANCISCO

Don Santiago- Pero ¿usted aquí también?
Francisco- Muy buenas, señor Rector.
Fina- Ha sido nuestra conquista más fácil. En el fondo,
parece ser que se había encariñado con nosotros.
Pero no se mueve demasiado, no.
Francisco- No es tan fácil cargar esta leña. Esta muy verde.
Fina- La del pinar está seca.
Francisco- Pero muy arriba. Ya sabe usted que a mí las
cuestas...
Fina- ¿Y la del soto?
Francisco- Muy lejos. Y hay que pasar el río. Ya sabe usted
que a mí la humedad...
Fina- ¿Quiere usted que plantemos árboles en la leñera?
No. Francisco, un poco de seriedad. Usted se ha
comprometido libremente a partir ocho cargas
diarias. Mire por dónde va el sol y no ha traído más
que cuatro.
Francisco- ¿Cuatro nada más?

Fina- (Mostrando su block.) Cuatro.

Francisco- Es que no sé qué me pasa hoy. No he dormido bien.

Fina- ¿Y ayer?

Francisco- Ayer era mi cumpleaños.

Fina- ¿Y antes de ayer?

Francisco- ¿Antes de ayer...? (Renunciando a la controversia.) Muy buenas, señor Rector. (Sale rezongando filosófico.) ¡Ah, la tiranía de los débiles!...

Fina- (Al Rector.) Es una gran persona este Francisco. Pero hay que atarlo corto: tiene toda la vagancia de quince años de autoridad.

ESCENA IV

DICHOS, MARGA, QUE ENTRA DE LA CASA.

Fina- ¿A dónde vas tú, Marga?

Marga- Hago falta en el horno. Está Flora sola.

Fina- No, eso es muy duro para ti. Yo iré.

Marga- Pero, mujer, ¿es que va a durar esto siempre? Déjame. Me da pena sentirme tan inútil...

Fina- Inútil, dice, don Santiago... ¡Y es la madre!

Don Santiago- ¿Qué tal ese pequeño, Marga? Todos me cuentan maravillas.

Marga- Está dormido.

Fina- ¡Va a ser más fuerte! ¡Duerme con los puños cerrados! ¡Así!

Don Santiago- Y tú, ¿eres feliz? Aquella fiebre de andar y andar.

Marga- Ya pasó. Ahora no hay ninguna voz que me llame fuera de casa. ¡Estaba tan cansada! Me parece que lo que yo buscaba, sin saberlo, por todos los caminos, no era más que esto: un hijo donde recostarme... Ya lo tengo. (*Sale.*)

ESCENA V

NATACHA Y DON SANTIAGO

Natacha- (*Que aparece en la puerta al mutis de Marga.*) Ve con ella, Fina. (*Sale Fina.*) ¿Qué tal, tío Santiago?

Don Santiago- Que estoy empezando a ruborizarme, hija. Esto parece una colmena; nadie está vacío ni quieto... ¿Puedo yo hacer algo?

Natacha- ¿Le parece que ha hecho poco? Conseguir que nos dejaran trabajar en paz.

Don Santiago- No fue empresa fácil, no. Con toda mi autoridad moral, con todo tu prestigio... Realmente aquel plante del Reformatorio fue un golpe de audacia. Yo no me hubiera atrevido a defenderlo en nadie. Pero eras tú...

Natacha- Éramos la razón y yo.

Don Santiago- Sí, también la razón un poco. En fin, lo cierto es que ya está hecho, y que vuestra colonia tiene una vida perfectamente legal.

Natacha- Gracias a usted.

Don Santiago- Y a los abogados.

Natacha- Oh, los abogados son admirables. Nunca dudé de ellos; estaba segura de que lo mismo hubieran arreglado esto que lo contrario. (*Vuelve Francisco con su carretilla vacía.*)

ESCENA VI

NATACHA, DON SANTIAGO Y FRANCISCO

- Francisco- Señorita Natacha...
- Natacha- ¿Qué hay, Francisco?
- Francisco- Tengo cincuenta y ocho años. No soy tan fuerte como estos muchachos, pero hago todo lo que puedo. He cortado leña, he trabajado en la arada y en la siega; nunca me he levantado después que los otros...
- Natacha- Pero ¿a qué viene todo eso ahora?
- Francisco- Es mi hoja de servicios. ¿Está usted contenta de mí?
- Natacha- ¿Cómo no voy a estarlo? ¿Por qué lo pregunta?
- Francisco- Es que... quisiera pedirle un favor. Es una cosa grave, ya lo sé. ¡Pero es por un día nada más!
- Natacha- Diga, diga.
- Francisco- Si a usted no le parece muy mal..., por un día nada más... ¡Me gustaría tanto volver a ponerme el uniforme!
- Natacha- ¿Pero se lo ha traído usted?
- Francisco- Lo tengo en el baúl..., lo saco algunas noches para mirarlo... ¡Son quince años de vida!
- Natacha- ¿Y sufre usted por tan poca cosa? Pues no sufra más, Francisco. Póngaselo si quiere.
- Francisco- Gracias, señorita Natacha. *(Deja su carretilla.)* Un día nada más, se lo prometo. Gracias. *(Sale, erguido de pronto a la querencia del uniforme.)*

ESCENA VII

NATACHA Y DON SANTIAGO

Natacha- Cada uno tiene su pequeño problema.

Don Santiago- (*Reflexivo, después de una pausa.*) ¿Y tú...?

Natacha- Yo... también.

Don Santiago- Pero el tuyo no es pequeño. Es toda tu vida lo que te estás jugando aquí. Hasta ahora has tenido para vencer el esfuerzo y la presencia de estos estudiantes, y esa alegría generosa que no conoce la fatiga. Pero esto termina hoy. ¿Qué será de ti mañana?

Natacha- Seguiré sola mi obra.

Don Santiago- ¿Y a dónde vas con tu obra? ¿Qué alcance quieres dar a todo esto? Yo soy ya viejo; perdóname si pongo un poco de hielo en tu entusiasmo. Pero esta granja de trabajo comunal... ¿No estás tratando de resucitar, sin darte cuenta, un sueño fracasado del socialismo romántico?

Natacha- Oh, no. No se trata aquí de sueños ni de fórmulas universales. Esta colonia no es más que un hecho feliz. Todo lo humilde, todo lo pequeño que usted quiera. Pero... una flor vale más que una lección de botánica.

Don Santiago- ¿Y toda tu vida va a ser esto? ¿Trabajar para los demás, buscar la felicidad de los demás? ¿Es que la tuya no tiene los mismos derechos que las otras?

Natacha- Yo soy feliz aquí.

Don Santiago- Pero ¿lo serás mañana? No quieras engañarte a ti misma. Dime, Natacha: hoy termina el año que tus compañeros te entregaron generosamente. La vida los llama a sus estudios y a sus casas. Antes que caiga la tarde, se habrán ido todos. Lalo, también. ¿No es nada Lalo para ti?

Natacha- Demasiado. Ojalá no fuera tanto.

Don Santiago- Ese muchacho te quiere de verdad.

Natacha- Lo sé; y ésa es mi angustia. Porque yo también lo quiero, tío Santiago. Aquí lo he conocido bien: un alma siempre abierta; el primero en la alegría, el primero en el trabajo. Un hombre. Lalo no tenía más que el gran pecado de nuestra generación: pensar que el corazón no es elegante, y tratar de esconderle siempre. ¡Y cuánta fecundidad posible, cuánta nobleza humana se nos ha ahogado a todos ahí debajo!

Don Santiago- Y queriéndole así, ¿le vas a dejar marchar?

Natacha- Mi deber está aquí.

Don Santiago- ¿Pero con qué fuerzas, con qué alegría lo cumplirás? ¿Qué quieren decir ya esas lágrimas?

Natacha- (*Sobreponiéndose.*) No quieren decir nada. Mi obra está por encima de mis lágrimas. Recuerdo una anécdota de la Gran Guerra, que me ha hecho meditar muchas veces. Era un general revisando las trincheras. En un puesto de peligro estaba un pobre capitán, con aire de buen padre de familia; estaba pálido, temblando de pies a cabeza. El jefe se le encaró burlescamente: ¿Qué? Parece que hay miedo... Sí, mi general, mucho miedo... ¡pero estoy en mi puesto! Y yo pienso, tío Santiago, que el único valor estimable es éste; no el de los héroes brillantes, sino el de tantos humildes que luchan y trabajan en las últimas filas humanas, que no esperan la gloria, que sufren el miedo y el dolor de cada día... ¡Pero están en su puesto!

Don Santiago- (*Conmovido. Estrechándole las manos.*) ¡Mi Natacha!...

(*Entra Mario. Va directamente a su mesa de trabajo.*)

Mario- Muy buenas, don Santiago.

Don Santiago- ¿Qué dice nuestro joven sabio? ¿A trabajar en su tesis?

Mario- Siempre. Ahora estoy de enhorabuena. ¡Tengo dos escorpiones rubios, en celo!

Natacha- Mario es el único que no nos abandona. Me ha prometido terminar aquí su trabajo.

Don Santiago- ¡Ah! ¿Usted se queda?

Mario- ¿A dónde voy a ir que esté mejor para mis cosas?

Don Santiago- ¿Y Flora?...

Natacha- *(Le impone silencio discretamente.)* Chist...

(Mario, lupa en mano, se ha entregado a sus observaciones. Entra Fina.)

Fina- ¡El pan, Natacha! Ya lo están sacando.

Natacha- ¿Ya?... *(A don Santiago.)* Es nuestro primer pan. Ese trigo lo hemos sembrado nosotros, lo hemos molido en nuestro molino y se ha cocido en nuestro horno. Venga, tío Santiago. ¡Verá usted qué hondo sabe el pan cuando es verdaderamente nuestro!
(Sale con él.)

ESCENA VIII

FINA Y MARIO. ENSEGUIDA, FRANCISCO.

Fina- *(Fijándose en la carretilla vacía.)* Y esta carretilla...
(Llama, imperativa.) ¡Francisco!... ¡Francisco!...
(Sale de la casa Francisco con su gran uniforme.)

Francisco- Muy buenas, señorita López. ¿Llamaba usted?

Fina- *(Impresionada, baja la voz.)* ¡Don Francisco!...

Francisco- Exactamente: don Francisco. ¿Y sabe usted lo que había pensado don Francisco, señorita López? Que esas cuatro cargas que faltan hoy las va a traer usted. ¿Qué le parece?

Fina- Voy... voy... *(Sale delante con la carretilla.)*

preparación; pero, dentro de mi modestia; he hecho cuanto he podido por tu ciencia. Le estoy dando lecciones a Fina.

Mario- iTú! ¿De Historia Natural?

Lalo- De Historia Natural en relación con la Medicina. Ahora estamos en eso de: «Este grillo que no canta / algo tiene en la garganta.»

Mario- ¡Pero, Lalo, si los grillos no cantan con la garganta! Cantan con las alas.

Lalo- ¿Ah, con las alas? Demonio... Entonces esa pobre chica ha perdido el curso.

Mario- *(Volviendo a sus insectos.)* Nunca harás nada serio en la vida.

Lalo- *(Después de una pausa reflexiva, con voz profunda.)* Y lo peor de todo es que tienes razón; nunca haré nada serio. *(Suena dentro un gong de hierro.)* ¡El gong! Llegó la hora de las despedidas. El mejor año de nuestra vida ha terminado. Y ahora... a empezar otra cosa. Dentro de poco, todos estaremos lejos, y separados.

Mario- *(Sorprendido por el tono triste de Lalo.)* ¿Qué te pasa?

Lalo- *(Reacciona.)* ¿A mí? Nada; a mí no me pasa nunca nada. Dichoso tú, Mario... Dichoso tú, que puedes ser feliz, atando moscas por el rabo.

(Entra en la casa. Por la ventana del fondo se ven pasar, en alegres grupos, los estudiantes y trabajadores de la colonia. Llevan ramos verdes, espigas y útiles de labor. Van cantando a coro la canción de Atta Troll. Encarna, que pasa del brazo de un muchacho, se detiene mostrando en alto el pan.)

Encarna- ¡El pan, Mario! ¡Nuestro pan!

Mario- ¡Chist!...

Encarna- ¿Hay enfermos?
Mario- Dos fieles enamorados.
Encarna- (*Tirándole una rosa.*) ¡Para la novia! (*Ríe y sigue su camino. Pausa, mientras se les oye alejarse. Entra Flora.*)

ESCENA X

MARIO Y FLORA

Flora- ¿Tú no vienes?
Mario- Ahora, imposible.
Flora- Ya. Los escorpiones rubios.
Mario- ¿Los has visto?
Flora- (*Sin la menor ilusión.*) Sí, muy interesantes... Dime, Mario, ¿es verdad que piensas quedarte?
Mario- ¿Dónde mejor? Aquí toda la granja es un laboratorio para mí.
Flora- Pero yo creo que la vida puede ser algo más que estudiar insectos. Hay el sol, y la risa, y el sabor del mar, y los niños que juegan desnudos...
Mario- (*En las nubes.*) Sí, desde luego..., también hay niños desnudos claro... ¿Por qué dices eso?
Flora- Por nada. (*Pausa Cantan dentro otra vez.*) Me pone triste oír esa canción... ¿Recuerdas, cuando hacíamos la Balada de Atta Troll? Tú eras allí un oso romántico; estabas enamorado de mí furiosamente... ¿Te acuerdas?
Mario- Me acuerdo sí. El oso de Roncesvalles, y el lobo, y el zorro... Era una bonita fábula de vertebrados (*Pausa.*)
Flora- Oye, Mario...

Mario- ¿Qué?

Flora- Hemos estudiado siempre juntos. Ahora hemos vivido aquí un año entero. ¡Un año inolvidable! Pero yo no puedo quedar más tiempo. Tú, en cambio...

Mario- Yo tengo que terminar mi tesis.

Flora- Sí, claro, la tesis... ¿Tendrás tiempo para escribirme alguna vez? Hemos sido compañeros desde niños. Me gustaría saber de ti.

Mario- Chist... Mira. (*Indicando el interior de la caja.*) ¡Ya se han cogido del brazo! Es una ceremonia sorprendente. Ah, querida: también la Historia Natural tiene sus anécdotas. ¿Ves aquella tierra? Allí han construido primero la cámara nupcial. Ahora harán la ronda de esponsales alrededor, horas y horas, cogidos de las manos. Después pasarán al camarín y allí se estarán quietos, frente contra frente, hasta el alba. Y por último, al amanecer... la hembra se come al macho.

Flora- Muy bonito final.

Mario- Es curioso observar esto: en los animales rudimentarios, la hembra es siempre la más fuerte y la que toma la iniciativa amorosa. El macho es un simple elemento pasivo. ¡Míralos ahora!

Flora- Déjame. No me interesan los insectos.

Mario- ¿No?

Flora- No me han interesado nunca. Además, me dan asco. Y la culpa la tienes tú.

Mario- ¡Flora!

Flora- (*Señalando uno sobre la mesa.*) ¿Tú crees que un escarabajo tan feo como éste merece la pena perder en él toda una juventud?

Mario- *(Llevándose a las gafas.)* ¡Un escarabajo! Pero ¿qué estás diciendo? ¡Si es la «locusta veridissima» de Linneo!

Flora- *(Furiosa.)* ¡Es que no puedo más! La locusta veridissima es un escarabajo repugnante. ¡Linneo era un monstruo! Y tú..., tú... *(Rompe a llorar nerviosamente.)* ¡Lo que tú estás haciendo conmigo es insultante!

Mario- *(Espantado.)* ¿Yo?... ¿Qué te hago yo?

Flora- ¿Pero es que no lo estás viendo? ¿Es posible que también tú seas un animal rudimentario? ¡Mario! *(En un impulso repentino se lanza a él y le estampa un beso en la boca.)* ¡Estúpido! *(Sale corriendo. Mario se atraganta, vacila, aturdido. Al fin arroja la «locusta veridissima» y sale detrás a gritos.)*

Mario- ¡Flora!... ¡Flora!...

(Natacha ha contemplado sonriente el final de la escena. Lalo entra por donde acaba de salir Mario. Mira sorprendido a Natacha.)

ESCENA XI

NATACHA Y LALO

Lalo- ¿Adónde va ese loco?

Natacha- ¡Hacia la vida!

Lalo- ¿Hacia la vida? Pues con esas gafas y esa manera de correr, como se le ponga un árbol delante, no llega.

Natacha- La que se le ha puesto delante es Flora.

Lalo- Ah, ya...

Natacha- ¡Otro que se nos va! *(Pausa.)*

Lalo- Y tú... ¿cuándo?

Natacha- Yo tengo que terminar aquí mi obra. Les he prometido a estos muchachos una vida libre, y lo cumpliré. Cuando puedan tenerla, cuando esta granja sea suya, yo buscaré también mi camino.

Lalo- ¿Y si esa vida libre la tuvieran ya?

Natacha- ¿Qué quieres decir?

Lalo- Tengo una cosa que entregarte como despedida. *(Saca un documento de su cartera.)* Es el acta de cesión a nombre de ellos. La granja es suya.

Natacha- ¡No!

Lalo- ¿Qué era para mí esta tierra? Una ruina abandonada. La doy a los que han sabido trabajarla.

Natacha- Pero eso no puede ser... ¡No lo harás! ¿No ves que sería echarlo todo a rodar? Yo he venido aquí a hacer una obra de educación. No quieras reducirla a una obra de misericordia. Piénsalo bien, Lalo; un esfuerzo más, y ganarán por sí mismos lo que tú ibas a darles hecho. ¿Has visto la emoción que han sentido hoy al comer su pan? Nunca lo habían sentido con el pan del Reformatorio. Dame. *(Toma el documento.)* Hagamos hombres libres, Lalo. Los hombres libres no toman nada ni por la fuerza, ni de limosna. ¡Que aprendan a conseguirlo todo por el trabajo! *(Rompe el documento.)*

Lalo- Está bien, Natacha..., está bien. Pero si ellos lo supieran, ¿les parecería lo mismo?

Natacha- Hoy, quizás no; están empezando. Algún día me lo agradecerán.

Lalo- Entonces... ¿hasta cuándo?

Natacha- ¿Os vais ya? Despideme de todos... yo no podría ahora. Y que no haya tristeza delante de los muchachos. Vosotros erais el alma... Que no

sepan qué amargo va a ser el trabajo a partir de mañana.

Lalo- ¿Y cómo dejarte así? ¡No, Natacha! Di una palabra y me quedo.

Natacha- No puedo todavía. Espera. Vosotros tenéis vuestra vida lejos. Yo tengo aquí la mía.

Lalo- ¿Tan poca cosa soy para ti?

Natacha- Más de lo que piensas. ¿A qué vendría ocultarlo ahora? Aquí he aprendido a conocerte; aquí te he visto el alma hasta el fondo. Te he visto luchar como lucha un hombre delante de una mujer... Te quiero, Lalo.

Lalo- ¡Natacha!...

Natacha- Pero déjame terminar mi obra. Necesito todas mis fuerzas para ella. Estos muchachos irán encontrando su camino, y volarán libremente. Aquí quedará Marga. (*Marga, acompañada de Juan, pasa por la ventana de fondo.*) Mírala... Tampoco Marga quedará sola. Cuando esta granja sea suya, y para ese niño que ha nacido en ella, entonces seré yo la que vaya humildemente a tu puerta a preguntarte: ¿Me quieres todavía?

Lalo- ¡Te esperaré siempre!

Natacha- Gracias, Lalo... Hasta entonces. (*Le besa las manos. Sale. Pausa. Entra don Santiago.*)

ESCENA XII

NATACHA Y DON SANTIAGO. LUEGO, MARIO.

Don Santiago- Va a arrancar el automóvil. ¿No sales?

Natacha- Lalo me despedirá de todos...

Mario- Perdóname... Te había prometido quedarme... Pero yo entonces no sabía...

Natacha- No tienes que decirme nada. Quiérela mucho, Mario. Es una gran muchacha.

Mario- ¿Pero tú sabes? ¡Soy feliz! Te regalo los escorpiones rubios. Vigílalos de noche, y escríbeme lo que haya. ¡Don Santiago!... Adiós, Natacha... Soy feliz, feliz... (*Sale.*)

Don Santiago- ¿También Mario se va?

Natacha- También. ¿Usted?...

Don Santiago- Yo no; ya lo saben. ¿No me necesitas ahora contigo?

Natacha- (*Le estrecha las manos.*) Gracias. ¡Qué amargo es esto, tío Santiago! Sentir como el amor estalla a nuestro alrededor por todas partes, y cuando una vez nos llama, tener que responderle; espera, no he terminado todavía...

Don Santiago- Lalo sabrá esperar. Lo recordaremos juntos... (*Se oye, lenta y triste, la canción de los estudiantes.*) ¡Ya se van! (*Se asoman los dos y responden con un gesto de despedida. La voz de Lalo llega desde lejos.*)

Voz de Lalo- ¡Natacha! (*Ella, en una repentina crisis de llanto, se retira escondiendo el rostro entre las manos.*)

Don Santiago- Natacha, hija...

Natacha- No puedo... Creí que era más fuerte.

Don Santiago- Pobre pequeña..., estás temblando...

Natacha- Temblando, tío Santiago. Con lágrimas y son gloria... ¡Pero estoy en mi puesto!

TELÓN FINAL

